



*DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR*

*Tesina de Licenciatura en Filosofía*

Efectos de clausura: *confort* y claustrofobia.  
Peter Sloterdijk y las delimitaciones del espacio.

María Pía Sisul

Director: Guillermo Fabián Goicochea

BAHÍA BLANCA

2015

ARGENTINA



Esta Tesina se presenta como trabajo final para obtener el título de Licenciado en Filosofía de la Universidad Nacional del Sur. Contiene el resultado de la investigación desarrollada por MARÍA PÍA SISUL, en la orientación Historia de la Filosofía, bajo la dirección de LIC. GUILLERMO FABIÁN GOICOCHEA.

## Índice

Sección Introductoria.....	p. 01
1. Advertencia.....	p. 01
2. Sitio que habita este trabajo.....	p. 03
3. Definición de esferas y sucesión destinal.....	p. 06
Desarrollo.....	p. 11
1. Símbolos y <i>confort</i> .....	p. 11
1.1. ¿Por qué “efectos de clausura”?.....	p. 11
1.2. Símbolos que protegen.....	p. 14
1.2.1. Clausura de hombre.....	p. 14
1.2.2. Clausura de mundo.....	p. 19
1.3. Símbolos de apropiación.....	p. 24
1.3.1. Sociedad simbólica y domesticación.....	p. 25
1.3.2. Transferencia entre los grandes símbolos.....	p. 29
2. Semiótica y claustrofobia: .....	p. 35
2.1. <i>Topoi</i> de <i>claustr-</i> .....	p. 36
2.2. Lo monstruoso y la <i>-fobia</i> .....	p. 41
Conclusiones.....	p. 50
La pregunta oscura del espacio aclarado.....	p. 50

## Sección Introductoria

### 1. Advertencia

“Lo negro del ojo ha de ampliarse, si es que se quiere que la visión siga en lo oscuro”<sup>1</sup>. Peter Sloterdijk señala, más que una recomendación, una necesidad a la hora del estudio de las temáticas nocturnas<sup>2</sup>. Y es que, en realidad, esta filosofía se ocupa de desarrollos que no podrían nunca ser *claros y distintos*; bien sea porque la temática no se lía con la cotidianeidad (es decir, por resultar extraña) o bien sea porque sí lo hace pero su punto de referencia es individual, subjetivo y profundo. La escritura de Sloterdijk en particular exige una predisposición o un ánimo especial por parte de quien quiera estudiarla, analizarla o simplemente contemplarla. Obliga al lector a sumergirse en la espesura de una oscuridad temática que se descubre corriente e inmediata aunque vista desde un lugar no convencional. Incluso si esto supone que todo el ojo se convierta en pupila, la adecuación mimética es aquí epistémicamente clave.

Con una intención similar, elegimos comenzar este trabajo acompañando el señalamiento de una necesidad con una advertencia. Esto es, señalar directamente la complejidad que caracteriza a la obra de Sloterdijk. Consideramos que sus escritos nos deben poner en situación no de peligro o cobardía, aunque sí de guardia y desconfianza. Por el mismo motivo que, por momentos, el autor se recorta nietzscheano y, en otras ocasiones, puede leerse estrictamente heideggeriano o incluso por parecer a veces un optimista sin cuidado y, otras, vocero de una situación en la que *ni un dios puede salvarnos*, leer a Sloterdijk exige una predisposición especial. Quien busque categorizaciones claras y distintas debe abstenerse. Quien necesite referencias específicas para la comprensión, también. Aquel que valore la

---

<sup>1</sup> Sloterdijk, P., *Esferas I: Burbujas. Microesferología*, traducción de Isidoro Reguera, Madrid, Ed. Siruela, 2003, p. 313.

<sup>2</sup> Utilizamos la expresión “temáticas nocturnas” para referir al compendio de asuntos ni claros ni distintos a los que se dedica el autor alemán a lo largo de su *corpus* textual. Esto supone también la elección de la metodología de estudio y las conclusiones que, por lo general, no poseen la pretensión de acabar con la discusión sobre un tema. La idea de lo nocturno es elaborada por el mismo Sloterdijk en oposición con el concepto de lo diurno como medible, *apolíneo* y siempre visible. La noche ofrece, por el contrario, formas no concretas, peligrosas, no-categorizables (ver en: Sloterdijk, P., *El pensador en escena: el materialismo de Nietzsche*, traducción de Germán Cano, España, Pre-Textos, 2000, pp. 155 y ss.). En nuestro análisis, extendemos esta noción y la hacemos funcionar de modo intra-textual, refiriéndonos a los desarrollos del propio Sloterdijk que se oponen a la posibilidad de lograr un conocimiento verdadero a modo cartesiano. Aquí comprendemos su análisis como “nocturno” en tanto trata temáticas profundas, oscuras y replegadas, donde lo *extraño* se mantiene en la penumbra: monstruoso e inasimilable. Incluimos en tal grupo nociones tales como la política de fundamento dionisiaco, la (*kybern-*)ética, la subjetividad profunda y la espacialidad entre otras.

seriedad de los puntos de referencia o incluso el que demande un patrono filosófico, no encontrará en estas hojas una demora reconfortante.

Según la temática a estudiar, el autor parte de la literatura, de la biología e incluso de eventualidades históricas particulares; revisa mapas, cuadros, esculturas, monedas; piensa en invernaderos, en departamentos, en submarinos... Ocurre que sus escritos no apuntan a colaborar con un saber cósmico sino uno *convival*, asociado a una forma de filosofía integradora cuyos temas provienen de la cotidianeidad. Desde este paradigma, Sloterdijk se pregunta por el hombre mismo pero sin atender exclusivamente a su génesis originaria sino a la constante actividad *poiética* de hacerse-hombre. Por ello es que, a su vez, se vuelve imperioso redimensionar la comprensión de la antropología, para perder la oracularidad resultante del hermetismo lingüístico que la acosa; aquí se discurre sobre *experiencia humana, hombre y hominización* sin reservas. A este estudio lo denomina “antropología filosófica”<sup>3</sup> y lo trabaja en una doble dirección. Por un lado, desde la relación semántica de las palabras, asumiéndolas como herramientas impregnadas de los diversos usos y aplicaciones que han acontecido a lo largo de la tradición. Por otro, y en correlato con lo anterior, recupera a la historia como una variante y piensa, desde ella, las modificaciones de la existencia relacionadas directamente con sus distintas circunstancias. En definitiva, se trata de elaborar teorías que “aborden el enigma de la síntesis social con un arsenal situacionista, pluralista, asociacionista, morfológico y, ante todo, psico-topológico de los medios de descripción”<sup>4</sup>.

Habría que reescribir, entonces, la cita inicial del siguiente modo: el vuelo de la vista debe ampliar su panorámica, si se quiere seguir con la mente la complejidad de la existencia. Sloterdijk es un autor que no nos ancla a un concepto o a una génesis particular ni abstracta. Más bien, vuela sobre pequeños puntos de un mapa, interconectado, sombrío, irregular e incómodo. Es cierto que puede leerse en él una ontología (o como él lo denomina: una *onto-antropología*) pero esta no posee el quietismo de las que primero nos vienen a la mente desde la lectura o escucha del término. Aquí se trata, más bien, de una cartografía, de rutas, de tránsitos no cerrados y de posibilidades de trazar nuevos caminos.

---

<sup>3</sup> Según la crítica Carla Cordua, Sloterdijk suma a la *ontología existencialista* característica de Martin Heidegger, una antropología. De tal modo, supone trabajar la cuestión de la existencia desde un trasfondo *onto-antropológico*, desde el cual el hombre se configura por su pasado histórico. Aquí, la *Lichtung* se carga de circunstancia y eventualidades, resultando un constructo convencional y tradicional. La ganancia de este aporte se juega en que, al señalarse como un producto y no como una identidad dada de antemano, toda posibilidad de individuación del hombre se constituye por técnicas y convivencia con otros extraños y ajenos, en diálogo con largos procesos y diversos eventos. Cordua, C., *Sloterdijk y Heidegger: La recepción filosófica*, Santiago de Chile, Ed. Universidad Diego Portales, 2008.

<sup>4</sup> Sloterdijk, P., *Esferas III: Espumas. Esferología plural*, traducción de Isidoro Reguera, Madrid, Ed. Siruela, 2006, p. 224.

## 2. Sitio que habita este trabajo

Afirmamos arriba que no es conveniente tomar a Sloterdijk como un patrono filosófico y ahora es preciso aclarar que, del mismo modo, él tampoco es directo respecto a la totalidad de los suyos. Aun así, intentaremos a continuación bosquejar el lugar desde el que parte este trabajo para comprender luego la propuesta del mismo.

Particularmente y en relación con la temática aquí estudiada, desde la trilogía de *Esferas* y la compilación de *Sin salvación...*<sup>5</sup>, Sloterdijk reconoce una coyuntura temática con Martin Heidegger, no sin que esto lo autorice a elaborar una dura crítica al mismo. Él supone completar espacios elididos o no resueltos en las páginas de *Ser y Tiempo*, pero en tanto considera partir de presupuestos distintos, desprecia algunas conclusiones y elaboraciones de las últimas obras heideggerianas. Sloterdijk coloca al hombre en el centro de la acción (con todo lo que ser el eje de gravedad implica), retoma sucesos históricos particulares y también critica las nostálgicas ontologías de carencias<sup>6</sup> donde supone a su antecesor. Pero también, cuando pareciera alcanzar las instancias más abismales de su teoría, cita y refiere a los fragmentos más enmudecedores de Nietzsche: para *borrar la línea* y volver al recorrido<sup>7</sup>.

A partir de esta doble presencia, es importante reconocer que los críticos que leen a Sloterdijk se dividen (a grandes rasgos) en dos grupos, según lo asignan a una suerte de “escuela” o maestro filosófico. Algunos críticos lo leen desde su correlato con Nietzsche, debido a la labor crítica que dedica a las grandes estructuras del pensamiento. Por lo general, los autores aquí comprendidos plantean la posibilidad, en esta época y gracias a las nuevas tecnologías analizadas de modo *homeotécnico*<sup>8</sup>, de formas de subjetivación estéticas *liberadas*<sup>9</sup> de un posible nihilismo técnico y social. Por otro lado, otros críticos conciben las teorías de

---

<sup>5</sup> Sloterdijk, P., *Sin salvación: Tras las huellas de Heidegger*, traducción de Joaquín Chamorro Mielke, Madrid, Ed. Akal, 2011.

<sup>6</sup> Sloterdijk utiliza la expresión “ontología de carencia” para referirse a las formas teóricas que consideran la existencia condicionada principalmente por los mecanismos que descargan su tensión originaria referente a la patencia del mundo: como si fuese preferible atender a una falta o ausencia pesimista que imaginar la pura posibilidad que supone el hombre como des-sujetado. El autor que le permite elaborar esta crítica es Arnold Gehlen: recomendamos para ello ver *Esferas III...*, *op. cit.*, p. 531.

<sup>7</sup> No hemos profundizado en las confluencias de estos dos autores por motivos de extensión, pero sí consideramos pertinente señalar y proponer para un futuro trabajo el uso de los escritos y las teorías nietzscheanas en los textos de Sloterdijk. Brevemente podemos afirmar que su utilización y referencia depende de la oscuridad a la que aborda la teoría de este último: a su apremio por no concluir nihilismos meramente negativos que asuman una *decadencia de la especie* de un modo pasivo-nostálgico.

<sup>8</sup> Para Sloterdijk, la *Homeotecnología* es una tecnología inteligente que busca la operabilidad de un modo no-dominante, es decir, que no violento sino que coopere y dialogue con el entorno. Esta opción se presenta en oposición a una *alotecnología* que, en tanto se recorta desde concepciones metafísicas, dibuja los objetivos científicos desde formas violentas y absolutistas. Esto se puede completar con: *Sin salvación...*, *op. cit.*, pp. 100 – 101.

<sup>9</sup> Cfr: Cortés Ramírez H. A., *El animal diseñado: Peter Sloterdijk y la ontogenealogía de lo humano*, Bogotá, Ed. USTA (Universidad Santo Tomás de Aquino), 2013.

Sloterdijk más cercanas a los aportes heideggerianos, como continuaciones, tanto en los puntos que él mismo especifica como también en instancias sobre las cuales el autor no ha señalado contribuciones. Para ello, rescatan las formas de construcción individual en sociedad y las imposiciones de domesticación que en ella se filtran. Por lo general, estas lecturas tienden a heredar divisas heideggerianas y se caracterizan por mantener una concepción de la técnica y las ciencias más cercana al siglo pasado que a la actualidad.

En verdad, aquí no optamos por ninguna de las opciones de modo exclusivo, motivo por el cual recortamos y conectamos elementos de ambas<sup>10</sup>. En lo que respecta a nuestra lectura, reconocemos que Sloterdijk mismo supone una continuación de la propia teoría heideggeriana<sup>11</sup> tanto bajo la forma de una crítica como también de una continuidad. Aquí coincidimos con la obra de C. Cordua en tanto la autora no sólo señala los puntos de conexión, sino que hipotetiza sobre la continuidad que realiza el autor contemporáneo. Del mismo modo, reconocemos una fuerte impronta nietzscheana en referencia a los desmontajes de diferentes criterios tradicionales como son las esencias y los fundamentos.

Desde esta recepción es que consideramos que Sloterdijk inicia su recorrido y permite unificar gran parte de su obra en una temática, una pregunta, un interrogante... Este queda relacionado con el complejo de la existencia humana y la cuestión del espacio, pero concibiendo la falta de sustancialidad y la presencia constante de circunstancia y, sobre ésta, producción. Mientras que numerosos críticos consideran que la pregunta que unifica la obra de Sloterdijk es la pregunta por el *dónde* de la existencia, nosotros nos corremos de esta interpretación. En verdad, consideramos que aquello que moviliza al autor, el interrogante que intenta resolver o al menos potenciar, no es la pregunta por un lugar fijo, estable, esencial. Por el contrario, creemos que la pregunta que se hace el autor es, más bien, una pregunta por *cómo hacer el dónde*. De este modo, quedamos desligados de la pretensión por el develamiento, por la hermenéutica: al preguntarnos por la modalidad de una producción, de una labor, de un esfuerzo que defina ese *dónde* de la existencia dejamos de lado la pregunta por una presencia esencial oculta.

---

<sup>10</sup> En tanto este trabajo busca abrir nuevos caminos de análisis, invitamos al lector a que recorra estas temáticas desde su particular recepción filosófica y recorte cordial, en tanto estos dos antecedentes no son las únicas opciones viables ni tampoco, necesariamente, las más provechosas.

<sup>11</sup> El crítico T. Campbell trabaja el correlato entre Heidegger y Sloterdijk considerando a éste último casi como un doble de aquel en lo que respecta a la cuestión espacial/existencial. Para ello rescata la forma de residir de modo propio en un espacio-*hogar* en oposición a formas impropias de existencia y manipulación de los medios de vida. Recomendamos su lectura, sobre todo en referencia al recorrido que realiza de las nociones de política bajo la forma de *bio-política*, haciendo dialogar a Sloterdijk con autores como Giorgio Agamben y Roberto Espósito. Ver en: Campbell, T. C., *Improper Life: Technology and Biopolitics from Heidegger to Agamben*, Minnesota, University of Minnesota Press, 2011, pp. 83 – 117.

*Cómo hacer el dónde* sería, entonces, el fondo desde el cual va a construirse nuestro trabajo. Desde este punto, reconociendo una pregunta temática en Sloterdijk, intentamos dar una respuesta desde nuestra lectura pero también desde la elaboración de una propuesta. Como hipótesis principal, consideramos que desde los textos de Sloterdijk, *cómo hacer el dónde* se resuelve mediante la acción de clausurar. Esto significa que el hombre logra producir el espacio de su existencia mediante la clausura como *poiesis*. Esta hipótesis general, a su vez, será despegada en dos subsidiarias, que se desprenden un poco más del autor y responden en mayor medida a nuestra interpretación. La primera hipótesis subsidiaria resolverá que mediante la clausura, en una primera instancia, el *dónde* de la existencia es un espacio de *comfort*. En la segunda, veremos que este mismo *dónde* adquiere también y de modo más sutil la forma de una claustrofobia. Como bien señalamos en el título del trabajo, tanto *comfort* como claustrofobia son los dos efectos de clausura, dos imágenes resultantes del *hacer el dónde* mediante cierres y delimitaciones...

Hasta aquí entonces discurrimos sobre esto, porque la claridad o bien adecuación previa a nuestra hipótesis no es un tema que nos interese, en tanto nuestro trabajo no será guiado por un instinto hermenéutico de develación de verdades. Esta orientación se debe a un motivo doble: el primero, y quizás el que nos es clausurado por el mismo autor, radica en que él nos obliga a cambiar los prejuicios y la predisposición de lectura, como bien vimos en la previa advertencia. Ya no se trata de únicas verdades ni de sentidos últimos. Sus elucubraciones y construcciones deben plantearse desde un cambio de paradigma en el que no haya respuestas correctas ni planteos adecuados sino, por el contrario, distintas tonalidades de verdad y, sobre todo, distintas circunstancias de experiencia. Por otro lado, en referencia directa a nuestra apropiación de la temática, este trabajo se interesa más en su movilidad hacia adelante (a lo que prosiga de él, a lo que su gusto final proyecte) que al tendencioso recorrido entre causas desde él mismo como efecto. Entonces, siguiendo esta orientación, ante las advertencias de cómo leer al autor que encabezan este trabajo, habría ahora que seguir el recorrido crítico y no enmudecer por las dificultades arriba señaladas. Porque siguiendo la imagen del mapa, invitamos a recorrer nuevos senderos, volver sobre lugares conocidos desde otras rutas o bien experimentar el camino considerando otros prejuicios. Aquí la clave no será la exhaustividad ni la categorización sino la interconexión de espacios: la inter-dependencia y las resonancias de algo pequeño que entra en una dinámica mayor, como una mirada, una voz o una piedra arrojada.

### 3. Definición de esferas y sucesión destinal

Una vez alertado el lector sobre la complejidad y el prejuicio sobre el que se sitúa este trabajo, consideramos pertinente realizar una introducción al desarrollo mediante la caracterización breve y básica del concepto de esferas. Como bien lo señala la segunda parte de nuestro título general, Sloterdijk realiza un análisis de la espacialidad y la posibilidad de que en ella se desarrolle o no la habitabilidad. Es por tal motivo que consideramos que el autor no se pregunta por el *dónde* de la existencia sino por el *cómo*, o mejor dicho: *cómo lograr el dónde*. A esta pregunta por la configuración de mundo Sloterdijk apuesta un vocabulario específico y enuncia que habitar es *formar esferas* y desarrollar la existencia en ellas.

Lo que en el lenguaje de algunos filósofos modernos se llamó ser-en-el-mundo significa para la existencia humana, primero y sobre todo: ser-en-esferas. Si los seres humanos están *ahí*, están en principio en espacios que se han abierto para ellos porque ellos les han dado forma, contenido, extensión y duración relativa al habitarlos<sup>12</sup>.

Las esferas son definidas como espacios comunes, vivos y animados donde sobreviene la experiencia. Son también espacios semi-cerrados en los que el hombre habita fundido y des-sujetado pero contenido como una co-existencia. Esto se debe al tipo de paredes que poseen, que suponen un límite y a la vez, un espacio permeable que permite la comunicación y también el resguardo ante una total accesibilidad del otro<sup>13</sup>. Además, las esferas se caracterizan por ser livianas, pues no parten de la identificación de una sustancia o de una identidad sino desde difusas y cuestionables individuaciones de las que sólo se registran los intercambios de energía. En otras palabras, funcionan como campos de fuerzas de intercambios híbridos, pues sin poseer un sujeto subyacente en el centro, su interior se reconfigura en modalidades más dinámicas y se define desde las resonancias que produce. Allende la forma perfecta y contrariamente a lo que cualquier metafísica tradicional pueda haber impuesto, las esferas aquí se piensan como construcciones primeramente frágiles y dispuestas a una inevitable ruptura. Justamente, es esto lo que permite caracterizar a la búsqueda de *confort* como algo dinámico y cotidiano.

En estos receptáculos todo se encuentra inmunizado para la estancia o habitabilidad, pero esta ya no se dibuja ni en soledad ni como una comunión estrictamente amorosa. Se solicitan proximidades dentro o en la vecindad de la esfera que la afecten: acompañantes, complementarias, amables e incluso violentas o acosadoras... En otras palabras, la existencia

---

<sup>12</sup> *Esferas I...*, *op. cit.*, p. 52.

<sup>13</sup> Sloterdijk nos invita a pensar esta relación de aislamiento y vecindad como la cáscara de un huevo: deja pasar algo que las altera y a la vez detiene algo que puede afectarlas negativamente. Ver en: "Excurso 3: El principio huevo. Intimación y envoltura", en *Ibíd.*, pp. 297-305.

humana no supone un *estar-fuera* solitario, *arrojado* en soledad; por el contrario, se construye sobre un *estar-en-suspenso* en parejas y entre otros desconocidos:

Esferas (...) son espacios compartidos que se despliegan por un habitar común en ellos. Son el primer producto de cooperaciones humanas; constituyen el resultado, inmaterial y, sin embargo, más real de todos de un prototrabajo que solo se lleva a cabo por medio de resonancias<sup>14</sup>.

La esfera funciona como símbolo de lo envolvente, del ser-alrededor, del mismo modo que Sloterdijk señala, en el primer tomo de *Esferas*, las imágenes del niño que crea y sigue con su mirada la pompa de jabón o, aún mejor, el sabor del caramelo que se deshace en la saliva de la boca. Del mismo modo, es posible comprender el cobijo que proporciona la esfera bajo el término de “mimo”. Más rico en su forma alemana, *Verwöhnung*<sup>15</sup>, se entiende al mimo como toda forma de atención, de cuidado, de dedicación y de regalo o donación. La esfera es aquel espacio diseñado como un mimo para su morador: como un espacio que lo protege y le permite, amorosamente, una estadía donde puede desarrollarse y abrir su experiencia.

Así pues, el ser humano es el animal que, junto con su otro esencial, crea endoesferas en casi cualquier situación, porque sigue marcado por el recuerdo de otro haber-sido-o-estado-dentro y por la anticipación de una última envoltura<sup>16</sup>.

Sloterdijk presenta la caracterización ontológico-espacial de la esfera a lo largo de la totalidad de una trilogía. Allí se presenta una jerarquía que puede pensarse en relación con su alcance, pero también en referencia a una sucesión histórica. El autor explica estas construcciones de modo ascendente: desde las más sutiles a las que operan en ámbitos más abarcativos. Comenzando necesariamente por el ánimo inicial del hombre circunstancialmente comprendido, la sucesión se explicita en las formas de burbuja, globo y espuma<sup>17</sup>.

A lo largo del primer tomo de *Esferas*, el autor describe a las burbujas como los lugares de unidad microesférica menor. Las burbujas deben entenderse como una primera

---

<sup>14</sup> Sloterdijk, P., *Esferas II: Globos. Macroesferología*, traducción de Isidoro Reguera, Madrid, Ed. Siruela, p. 878.

<sup>15</sup> Lo interesante de la idea del *mimo* viene dada por el término alemán que, a su vez, posee la forma lingüística de la vivienda. “Mimo” se enuncia como *Ver-wöhn-ung*, donde *-wöhn* es raíz de *wohen* que significa habitar y *Wohnung* que es el término para “hogar”. De modo tal, vemos que el cobijo tiene en sí mismo la estructura de la casa como contención.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 183.

<sup>17</sup> Comprendemos una relación de semejanza entre esta trilogía ontológica patente en *Esferas* y la trinidad expuesta en *En el mismo barco: Ensayo sobre la hiperpolítica*. En este último texto se elaboran las imágenes de balsas, arcas y naves como formas políticas de sociabilización entre hombres. Ver en: Sloterdijk, P., *En el mismo barco. Ensayos sobre la hiperpolítica*, traducción de Manuel Fontán del Junco, Madrid, Ed. Siruela, 2003. En este trabajo, consideramos que no hay más que una diferencia en la aproximación temática para el desarrollo de las dos teorías tripartitas. Cft: Martínez, M., *Sloterdijk y lo político*, Buenos Aires, Ed. Prometeo Libros, 2010, p. 72.

comuni3n con el entorno, cuyo resultado se vuelve inseparable y de diferenciaci3n imposible. Sloterdijk enumera varias instancias que se pueden entender como implicaciones en burbujas: el espacio intercordial, la esfera interfacial, la uni3n hipn3tica, la inmanencia de la madre y el hijo tras el parto e incluso la forma del beb3 y su placenta. Comprender3 esto como el 3nimo, la predisposici3n o bien una suerte de *temple* (proponemos entenderlo como el *Stimmung* heideggeriano) al que asociar3 la forma de *clima* en el tercer tomo de la trilogía. Estas figuras reflejan intimidades mucho m3s profundas y, hasta cierto punto, inaccesibles para el lenguaje en tanto representan la construcci3n m3nima, inmediata e indispensable. Por su sutileza corren peligro de ser destruidas y para remediar tal peligro es que, seg3n el autor, se generarían formas ampliadas y, necesariamente, m3s resistentes.

Así, Sloterdijk se pregunta por el tr3nsito hacia este espacio mayor, que no ser3 representado como una gran burbuja sino bajo la forma de un gran globo. Si las burbujas representaban una intimidad de mundo, el globo es una superaci3n de esta privacidad que suma al proceso t3cnico de clausura conceptos, formas y medidas, logrando la sustracci3n del temple 3nimo en pos de un regazo simb3lico mayor. En pocas palabras, una macro-esfera de inmunidad ampliada. El autor sitúa hist3ricamente este fen3meno cuando lo asocia a la “época metafísica”<sup>18</sup>, señal3ndola como aquella que busc3 reconstruir a gran escala el espacio de *innidad* menor de la burbuja. Ya sea bajo la forma de una teología o bien como cosmogonía, Dios y mundo representarían ahora una totalidad esencial existente y, en este espacio, el hombre se ubica en un lugar perif3rico. Este sitio, alejado del centro absoluto le permite poseer comodidades atentas pero aletargadas. All3 queda obligado a atender a una din3mica de fuerza centrífuga cuyo punto siempre se aleja y nunca lo abraza por completo. Lo curioso del hecho radica en que, a pesar de todo, el globo de centro inaccesible funciona como ontología terapéutica en tanto supone una mudanza donde ya no es posible ning3n desarraigo, ninguna soledad, ninguna catástrofe. “La certeza de estar contenido en algo extremadamente grande puede proporcionar tranquilidad (...). Pero la paz 3nimo sería una meta falsa si se separa el contenido y espontaneidad que provienen de la comuni3n con el otro íntimo”<sup>19</sup>. Entonces, la pregunta ineludible ahora es la siguiente: ¿existe el *mimo* tambi3n en la climatizaci3n amplia (ya-no-íntima)?

---

<sup>18</sup> Para Sloterdijk, la metafísica es una instancia que construye, bajo los rótulos de la inspiraci3n, puentes entre cielo y tierra, o como diremos aqu3, entre espacio cotidiano y trascendencia. Su caracterizaci3n es compleja y por motivos de extensi3n no ser3 elaborada en este trabajo. Se puede continuar en *Esferas II...*, *op. cit.*, p. 111 y ss.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 368.

Como bien se puede comprender, la problemática del gran globo radica en que su centro irradia satisfacción pero al mismo tiempo coerción: así funciona su dudosa terapéutica. Lo que en un principio se sintió como “complicidad de lo redondo, de lo Uno (...) estamos a cobijo y a salvo...”<sup>20</sup> se convierte en una suerte de castigo restrictivo. En este punto, es en el que desaparece la conexión amorosa que proveía el ser-circunferencia: al inflarse el centro, se pierde el carácter de la periferia, que es el único espacio que el hombre supo habitar del globo. Sloterdijk lo enuncia con claridad: “No es la pérdida del centro la catástrofe inmunológica de la edad moderna sino la pérdida de la periferia; la des-ontologización de los márgenes”<sup>21</sup>. Perdido el rumbo, cada unidad menor se ve obligada a ser su propia brújula, a ser su propio centro de gravedad: “(...) los puntos anteriormente epicéntricos se ven obligados bien a elegirse ellos mismos como centro de todas las relaciones o bien sucumbir...”<sup>22</sup>.

Esta crisis del gran globo acontece de forma prolongada a lo largo de la época iniciada con el giro copernicano, época responsable de las indagaciones destructoras de la seguridad. Con esta tesis, Sloterdijk piensa la Modernidad<sup>23</sup> como un período de investigación de lo exterior, hacia lo lejano, similar a una barca que sale a altamar<sup>24</sup>. El autor afirma que, tras esta etapa, de lo que se trata es de *producir* un mundo artificial civilizador al cual se debe mantener desde *políticas de calentamiento* pero, ahora, desde una necesidad de sutilezas y no de grandes unidades. De esto se trata la forma de la espuma, temática de la que se ocupará el tercer volumen de la trilogía. La espuma constituye un tejido de espacios vacíos con paredes sutiles y se caracteriza por su esponjosidad, producto de un ser-hueca, motivo por el cual también resulta sumamente frágil. En ella ya no hay regazo ni cobijo: solo queda aferrarse a la corteza y desde allí, acondicionar el entorno no-cobijado, a merced de turbulencias y desgarros. A partir de la autorreferencia descentralizada o bien, paliativamente atomizada y centralizada en sí misma, es que surge el fenómeno de la espuma como multiplicidad esférica que crece descontrolada y sin norma, que prospera por sí e implosiona con menor dramatismo y mayor frecuencia. Este es nuestro punto de referencia de la existencia actual para Sloterdijk; desde

---

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 26.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 713.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 118.

<sup>23</sup> La Modernidad en Sloterdijk es definida como la edad de la pérdida de centro, como una extensión entre el globo roto y la inminente espuma. “Modernidad aparece como un experimento de levitación expansivo y transcultural: con el centro puesto en la espumización de lo real gracias a la introducción de momentos de impulso hacia arriba en el complejo de la gravedad”, afirma el autor en *Esferas III... op. cit.*, p. 546. Aquí comienza, entonces, la historia del desengaño respecto al regazo de Dios o del *cosmos*, nociones que se ponen en crisis. Se elabora, contra las mismas, un intenso aparato crítico que apunta a todo el sistema de inmunidad del gran globo.

<sup>24</sup> Sloterdijk desarrolla el hecho de la navegación hacia rumbos desconocidos como el evento clave de la historia de la existencia humana durante la Modernidad. Ver en: *Sin salvación..., op. cit.*, pp. 51 y ss.

este paradigma analizaremos la búsqueda de *confort* y la preocupación por la elaboración el espacio habitable.

La edad moderna gana verticalidad de otra manera del todo diferente que la metafísica. La mirada desde fuera no se consigue por una trascendencia del alma a lo exterior y superior a la tierra, sino por el despliegue de la imaginación físico-técnica, aéreo- y astronáutica<sup>25</sup>.

Ya sea desde la comprensión de la vida sumergida-incluida en otra vida, la forma del hombre limitado a una periferia terapéutica o bien incluso la comunidad de espumas frágiles y resonantes, de lo que se trata aquí es de un desconfiguración profunda de los constructos tales como sujeto, entorno y objeto, a los que el hombre asumía pasivamente. En lugar de ello, pero evitando caer en juegos de lenguaje que condicionan más de lo que aportan, Sloterdijk propone los enunciados de “hay información” o “hay genes”<sup>26</sup>. Por un lado, la expresión “hay” señala existencias que acontecen y ya no entidades que admitan una presencia eterna. Por otro, el término de la información como algo que sobreviene supone que aquello acaecido es también un producto que a su vez implica nuevas producciones. Sloterdijk busca el movimiento, la ruta de los eventos. Por ello, su estudio no se orienta a una unidad ni a un ente sino a su producción, a los caminos diversos que arriban a diferentes puntos, al mapa general de destinos y rutas.

---

<sup>25</sup> Esta cita continúa: “Las representaciones modernas del vuelo sustituyen las antiguas y medievales del «ascenso»; la tierra de aeropuertos (...) ha tomado lugar de la tierra de ascensiones al cielo (de la que uno se desprende, para no volver nunca)”. *Esferas II...*, *op. cit.*, p. 706.

<sup>26</sup> En alemán el término es "es gibt Information". Este término se presenta en el ensayo *El hombre operable. Notas sobre el estado ético de la tecnología genética*, bajo las formas de: hay información, sistema, culturas, recuerdos, inteligencia artificial. La expresión del alemán original “es gibt (...)” supone un acontecimiento, una dinámica. Por ello, enunciamos su traducción establecida pero proponemos para su comprensión un enunciado como es el de “acontece información” o incluso “se dan genes”. Esta modificación nos permite poner mayor énfasis en la enunciación verbal que en el objeto que señala, logrando así mayor atención sobre la producción que sobre una entidad resuelta. Ver en: Sloterdijk, P., *El hombre operable. Notas sobre el estado ético de la tecnología genética*, traducción de Fernando La Valle en Revista Laguna, 14; marzo 2003, pp. 9-22.

## Desarrollo

En la introducción nos dedicamos, postergando la elaboración crítica prometida, a realizar una síntesis del contenido mínimo del *corpus* del autor sobre la espacialidad. A partir de este punto y para el desarrollo específico de este trabajo, analizaremos el modo en que el hombre se produce a sí y a su mundo y cómo el monstruo de la indefinición que amenaza con hostilidad parece domesticarse gracias a la habitabilidad. Pero, siguiendo las palabras del autor, a toda esta teoría cerrada y optimista habría que agregar una “teoría de la auto-depreciación”<sup>27</sup>; veremos también que esta tranquilidad aparente se desgarran en ciertas instancias de crisis.

### 1. Símbolos y confort.

#### 1.1 ¿Por qué “efectos de clausura”?

“(…) a la apertura humana al mundo corresponde siempre un apartarse de él complementario”<sup>28</sup>.

Para responder a este interrogante, que es el eje temático principal que este trabajo toma de la obra de Sloterdijk, es preciso remontarse a lo que la crítica C. Cordua considera la “recepción filosófica”. Esta noción busca rescatar el movimiento entre dos autores sucesivos en el tiempo y en los temas de estudio. En tanto Sloterdijk mismo no reniega de algunas fuentes, la autora insiste en la intención de aquel por trabajar las temáticas referidas a la espacialidad introducidas por Heidegger en *Ser y Tiempo*. Sin que ello implique una adecuación total ni mucho menos una defensa, el autor contemporáneo reelabora cuestiones tales como el movimiento de la existencia, la noción de verdad o incluso la del *ser-para-la-muerte*, haciéndolas funcionar dentro de una onto-antropología sumamente dinámica y a la que no puede pensarse como mero “pensamiento rememorante”<sup>29</sup>.

Respecto a nuestro eje de trabajo, es decir, la espacialidad, Sloterdijk retomará la noción heideggeriana del *Dasein* como un existente en el sentido del *estar-fuera*. Así, afirma que los hombres son seres-en-el-mundo en tanto arrojados a un espacio al que, de modo primigenio, se señala como peligroso, amenazante, hostil e inhabitable. Desde allí, se construye

---

<sup>27</sup> *Esferas III...*, op. cit., p. 381.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, p. 412.

<sup>29</sup> El presupuesto (también prejuicio) sobre el cual se asienta la lectura que realiza Sloterdijk de la obra de Heidegger se encuentra aclarada en la propia letra del crítico tanto en las respectivas introducciones de *Esferas* como bien a lo largo de *Sin salvación...* El autor contemporáneo supone que, bajo la estructura de la obra *Ser y Tiempo* se halla prefigurado un tratado sobre el Ser y el espacio que se funda, necesariamente, en una analítica del movimiento. Incluso Sloterdijk afirma que *Esferas* intenta salvar aquel proyecto esencial que introduce su antecesor y deja postergado tras el desarrollo del concepto de tiempo.

un mundo posterior técnicamente elaborado donde sí es apto el existir como una exposición. Ante ello, y comprendiendo a la existencia desde un carácter espacial, en relación con la pregunta por el *cómo* y la cotidianeidad, Sloterdijk comprende este desplazamiento como algo auto-generado e inevitable, común, repetido y constante. De tal modo, ante un entorno con tales características y una solicitud frecuente por la habitabilidad, para él se vuelve necesario reponer una limitación o clausura previa a la ex-taticidad. Este accionar funciona justamente como el modo en que el hombre puede tomar distancia de un entorno hostil: esto significa protegerse de lo que adviene y poder seleccionar, recortar e incluso adiestrar aquellos componentes con los cuales vive su experiencia. En definitiva, clausurar lo que viene-de-fuera se convierte en la ejecución humana por excelencia. Este fenómeno, nos orienta el autor, tiene su fundamento primigenio en una experiencia cronológicamente primera y sumamente emocional, privada y particular en la estancia intrauterina. Pero al mismo tiempo puede teorizarse una explicación que sirve a modo de caracterización existencial general para la especie.

En primer lugar, la existencia del feto dentro de su madre implica que la experiencia inicial que puede percibir un hombre acontece en un recinto protegido, acondicionado. Acompañado por teorías no-natológicas, Sloterdijk afirma que el primer contacto con el espacio se da antes del nacimiento: se escuchan sonidos, se presienten movimientos, el embrión se alimenta desde la placenta que lo nutre y protege... El no-nacido representa un tipo de existencia primordial, ineludible y general de toda la animalidad que *viene al mundo* inicialmente a un lugar confortable, preparado para cuidarlo y abastecerlo. Pero el pre-humano de aquí es arrancado de esta situación y arrojado a un afuera distinto. Entonces, el autor sostiene que desde el forzado nacer, para todos los hombres se vuelve primordial la formación de espacios de *confort* que recuperen ese cobijo naturalmente perdido. “La vida como existencia extática consiste en trabajar para conseguir alojarse en relaciones espaciales propias (...)”<sup>30</sup>. Más íntimo y abstracto que la construcción de moradas, aquí se trata incluso de la conformación de burbujas: el abrazo, la mirada, oír una melodía... En otras palabras, se busca crear espacios interiores de cobijo que garanticen el desarrollo de la existencia, como si se tratase de superar un desarraigo.

A esta comprensión ontológica del espacio intrauterino como el motivo principal de la necesidad de *confort*, se suma (no de modo disyuntivo sino suplementario) una eventualidad pre-histórica como otro de los pasos previos: un hecho híbrido entre una antropología histórica y una genealogía originaria. En *Sin salvación...*, Sloterdijk sostiene que lo que hoy señalamos

---

<sup>30</sup> *Esferas I...*, op. cit., p. 89.

y rotulamos como “hombre” y “mundo” es la resultante de una instancia pre-humana y pre-mundana, respectivamente<sup>31</sup>. Lo original es que, para el autor, se trata de un mismo hecho el que define ambas parejas de instancias: la de pre-humanidad y pre-mundinidad y el salto hacia hombre y mundo ya existentes. A lo largo de la etapa pre-antropológica, el homínido responde a una animalidad fundida en un entorno de tipo medio-ambiental y asociada a la cotidianeidad más instintiva. Incluso tras el nacimiento de los animales, que también vienen de un estado de contención intra-uterino o intra-ovíparo, a los mismos los mantiene en cierta alerta o protección su instinto. Gracias al mismo, se comprenden los espacios de seguridad y los peligros: lo apto y lo hostil. Dentro de lo asumido como espacio “seguro”, todo es familiar, naturalmente territorial, específico para la vida y las necesidades de la especie. Desde esa comodidad, el autor sostiene que un homínido eligió, por propio avatar, desplazarse de esa seguridad y *comfort*, no sólo de forma física sino incluso en un sentido anímico y proyectivo: “(...) algo animal se superó como animal (...) devino extático, sensible a la totalidad y propenso a preguntarse por la verdad”<sup>32</sup>. Es en este desplazamiento donde acontece el alejamiento de la situación de su “primera naturaleza”.

Con la mirada ya en un horizonte abstracto, es decir, superadas las cuestiones instintivas y relegadas al “por naturaleza”, el homínido busca más allá de los barrotes instintivos y elucubra sobre el espacio detrás de ellos, volviéndose sensible a lo menos cercano. Lamentablemente, la apuesta es grande y ese mismo espacio ampliado se descubre terrorífico e indeterminado, en oposición a su entorno previo donde estaba protegido. Por ello es que la situación humana se vuelve estrictamente tecnógena: porque esta criatura que se desplaza de su espacio co-natural está obligada a re-crearse a sí y a su circunstancia<sup>33</sup>. Su instinto no alcanza para sobrevivir en el espacio de horizontes extendidos; allí necesita clausuras.

(...) emancipar a los homínidos en muchos aspectos, obviamente no en todos, de la necesidad de adaptación orgánica directa al circunmundo. Con razón se llamó al acontecimiento (...) «evasión de la prisión»: la prisión de la relación sólo biológicamente determinada con el circunmundo [*Umwelt*]<sup>34</sup>.

Enfocándonos en la dinámica entre apertura del hombre y clausura necesaria para la existencia, aquí concluimos dos cuestiones: por un lado, que ante el haberse auto-eyectado de su entorno instintivo, o bien haber sido arrancado del mismo, y encontrarse ex-puesto a uno

---

<sup>31</sup> *Sin salvación...*, *op. cit.*, p. 104.

<sup>32</sup> *Ibíd.*, p. 104.

<sup>33</sup> Cfr. *El animal diseñado...*, *op. cit.* En innegable correlato con lecturas de Michael Foucault y considerando al autor alemán más próximo a Friedrich Nietzsche que a Martin Heidegger, Cortés Ramírez comprende este accionar bajo la forma de un “auto-diseño” que se caracteriza, principalmente, por un ejercicio sobre sí mismo.

<sup>34</sup> *Sin salvación...*, *op. cit.*, p. 117.

amenazante, el hombre se halla conminado a delimitar zonas de *confort* artificiales. Esto significa que en tanto exteriorizado, abierto y, por ende, existente, el hombre debe clausurarse en una circunstancia favorable para su desarrollo. En otras palabras, desde la apertura a la que es arrojado, elabora formas cerradas desde la producción de “segundas naturalezas”. Por otro lado, consideramos también que, una vez que se ha cerrado el espacio y configurado el mundo, el hombre puede exteriorizarse dentro de esos límites y lograr así existir gracias a una previa clausura protectora. Es decir, una vez encerrado puede dentro del límite ex-ponerse: esta apertura es justamente la que permite concretar la existencia en una particular experiencia<sup>35</sup>. Estas dos interpretaciones no deben ser pensadas desde un lugar excluyente ni tampoco se solicita al lector que reconozca una y abandone la otra. En verdad, preferimos señalarlas como un componente doble de un mismo movimiento circular: como dos direcciones distintas que, partiendo de distintos puntos, giran en torno a un mismo eje que es la relación entre clausura y *confort*.

A continuación, analizaremos esta clausura que acontece no sólo de forma literal, sino también bajo las formas de los simbolismos en las nociones de hombre y mundo. Esto significa que la producción de ambos constructos supone mecanismos de delimitación y recorte, cuestión que permite generar el efecto del *confort* aquí buscado. En definitiva, la existencia del hombre en este paradigma gira en torno a la producción de construcciones simbólicas secundarias, organizadas y organizativas de la existencia. En un primer momento estos mecanismos se verán ligados a la necesidad de protección frente al entorno inhóspito: aquí se trabajará la *antropopoiesis* como técnica formadora de hombres y la *topopoiesis* como técnica formadora de mundo. Luego, definiremos a las simbolizaciones también desde la función de la apropiación y un meta-uso semiótico. En la primera instancia se incluyen las formas de hombre y de mundo como constructos; mientras que en la segunda veremos el complejo de la sociedad y las edificaciones políticas.

## **1.2 Símbolos que protegen**

### **1.2.1 Clausura de hombre**

---

<sup>35</sup> Aquí consideramos que la noción de experiencia viene de la mano del desarrollo de la existencia y se articula desde los conceptos heideggerianos. Dirá Sloterdijk que, mientras que la existencia responde a esta exteriorización de estar expuesto en el afuera (movimiento que según Heidegger constituía un momento de “caída” vertical al *ser-arrojado*), acontece, en paralelo un detenimiento horizontal. Para el autor aquí trabajado, la experiencia representa una forma de desplazamiento horizontal, en el plano. En otras palabras, él redobla la apuesta sumando al estado de caído vertical, una extensión en el plano que retoma y hace mención al heideggeriano *proyectarse*. Para continuar este análisis ver: *Ibid.*, p. 24.

Del apartado previo una cuestión debe quedar libre de toda duda: tras la salida de la primera naturaleza, el hombre debe clausurarse en un entorno confortable. En este apartado veremos cómo este accionar acaece bajo la forma de una producción técnico/simbólica de hombre y de mundo<sup>36</sup>.

A lo largo de los diferentes textos, Sloterdijk enuncia varias definiciones de hombre. Una de ellas, directamente asociada con la temática aquí expuesta, supone que hombre es aquella criatura que habita y que lo hace, particularmente, en un mundo. Pero como bien hemos señalado antes, este desempeño no es algo ni inmediato ni asegurado para la especie. El habitar humano se caracteriza espacialmente como un residir en entornos delimitados en los cuales es entrecruzado y des-configurado en fuerzas y resonancias: hablamos aquí del espacio de la esfera. A su vez, anímicamente, la habitabilidad ya no resulta pasiva: ya no se asume el *ser-arrojado* sin más. De forma cotidiana, el hombre debe producir su esfera, su espacio habitable. Sloterdijk mismo afirma que “es posible interpretar al «puesto del hombre en el mundo» heideggerianamente caracterizado de extático como una situación tecnógena”<sup>37</sup>. Entendemos por ello, que se trata de un proceso de mecanismos y producciones desde los cuales el hombre crea y conforma entidades que no son dadas de manera inmediata en su existencia. No solo a un nivel material objetivo, sino en un tono simbólico: de carácter existencial-experiencial, sobre lo exterior y sobre sí mismo. De la mano del autor, pensamos esta situación no como una única eventualidad de origen sino como una elección incesante. Un arrojarse al mundo exterior repetido eterna y constantemente, desde el homínido que tira una piedra para delimitar su *campo de acción* hasta el actual usuario de internet. Al respecto, en *Sin salvación...*, Sloterdijk retoma nociones de diversos estudios antropológicos y enumera cuatro mecanismos a los que considera, justamente, productores del símbolo confortable de hombre. Estos son: *insulación*, *exclusión corporal*, *neotenia* y, finalmente, *transferencia*<sup>38</sup>.

Como bien señalamos, a partir de la auto-expulsión del mundo circundante, el hombre debe generar formas de contención en los espacios ampliados que habita, para poder allí existir

---

<sup>36</sup> Es importante que el lector reconozca que las divisiones temáticas entre *hombre* y *mundo* son meramente metodológicas para la investigación y no así, teóricas o de contenido ontológico. Sloterdijk nos invita a pensar el paradigma de las esferas y aquí cualquier definición o categorización disyuntiva entre ambos constructos sería un forzamiento. Escribir sobre la *antropopoesis* y la *topopoesis* por separado es posible gracias a que el autor mismo las trabaja desde distintas obras y porque, a su vez, refuerza nuestra conclusión sobre la necesidad de limitantes y definiciones para la cotidiana experiencia humana.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 100-101. Recomendamos completar esta noción con la lectura de *Ibid.*, pp. 147 – 152

<sup>38</sup> Este análisis puede seguirse en: *Ibid.*, pp. 114 – 138. Allí, Sloterdijk anuncia la existencia de un quinto mecanismo denominado *cerebralización* o bien *neocorticalización* y señala que representa una puesta en práctica de los cuatro primeros. A este lo asume como “ascensor al éxtasis humano” pero no lo define de forma más específica. Por tal motivo y por carecer de importancia para la comprensión de la *antropopoesis*, tampoco lo mencionamos para este trabajo.

exteriorizado. La forma de la *insulación* es el mecanismo que le permite lograrlo y constituye el primer factor elemental mediante el cual el hombre deviene tal. Insular significa aquí delimitar los espacios, situar márgenes y fronteras dentro de las cuales se despliegue la experiencia. La imagen de la isla es también rescatada en el capítulo sobre los insulamientos de la trilogía de *Esferas*. Allí el autor elabora una lectura de la teoría esfereológica desde lo que podría ser el paralelo de la isla. Ambas nociones representan un interior animado, una suerte de cápsula a la que el autor entiende como un prototipo de un *mundo en el mundo* gracias a un elemento aislante que les permite cierta individuación. Aquí no diremos “mundo dentro de mundo”: seremos más específicos y continuaremos la idea previa. Será más bien un mundo dentro de un entorno, *Welt* dentro (cerrado) pero también por fuera (liberado) del *Umwelt*. Pero ¿qué implica la creación de una isla como una producción de hombres? La respuesta es, desde los desarrollos previos, evidente: el hombre sale de un espacio circunscripto pero en su nuevo y ampliado lugar necesita limitaciones para comprenderse como identidad, como unidad y no ser subyugado por lo exterior.

En otras palabras, la esfera como isla es el mundo que el hombre elige para tener poder de acción y aquel al que puede alterar y por el cual ser afectado (pero nunca destruido). Como bien puede comprenderse, gracias a la presencia de la limitante, es posible la ganancia de una circunstancia favorable a la experiencia. Lo que pareciera una mera disposición espacial es una condición elemental para el desarrollo existencial de una individuación. Notamos aquí nuestro primer símbolo en la construcción del *antropos*, nuestra primera distancia metafórica: la circunstancia de la isla como segunda naturaleza, portadora de una sensación de *confort*. En otras palabras, produce el entorno deseado, el mundo que, como tal, es construido. Esta tiene directa relación con la noción de mundo, pero del modo que aquí hemos elegido presentarla, se asocia también a una primera y primigenia instancia para la caracterización del constructo simbólico de hombre. La insulación representa, además de la estipulación físico-espacial de fronteras y paredes, la posibilidad de lograr la definición de sí mismo: crear una isla para allí desplegar la experiencia es poder concretar la existencia como exteriorización o exposición. Es también poder situar la limitante: qué me implica y qué no; qué soy y qué se dibuja por-fuera de mi identidad. Definirse como isla, *a-islarse* del exterior actúa, de modo inversamente proporcional, como un fortalecimiento de la individuación del mundo.

Una vez que se halla aislada una circunstancia, la clausura siguiente resulta orientada directamente hacia la corporalidad. Como bien dijimos, la limitante espacial y circunstancial provee de seguridad debido a que define un campo de acción. Sobre este último factor es que versa el segundo mecanismo de *exclusión corporal*. Esa dinámica se refiere a la distribución

de ciertas funcionalidades a distintos sectores corporales, cuestión que le permite al hombre relacionarse con su entorno dentro de la definición de herramientas y acciones. Sloterdijk se refiere particularmente aquí a la especificación de la mano para tomar la piedra, operación que permite el lanzamiento de ésta última y así una manipulación del espacio circundante. “El homínido produce los primeros agujeros y grietas en el anillo del circunmundo cuando, al golpear o arrojar algo, deviene autor de una técnica de la distancia que a su vez repercute en él mismo”<sup>39</sup>.

Para el autor, la clave de la *antropopóiesis* no vendría dada por la existencia de un mono primordial, ni tampoco por la disposición de piedras a su alrededor. Por el contrario, lo que es fundamental para este mecanismo es el hecho de que la piedra funciona a modo de útil *a la mano*, como un proyectil. Esto implica, además del lanzamiento en sí mismo y del *para qué* del mismo, la definición de la mano como extensión ontológicamente propia para tomar algo. Por este acto se clausuran todas las demás posibilidades y se limitan a un accionar preciso, que hace que, cuando empuña una piedra ya no está tomando ninguna piedra en abstracto sino un proyectil, una meta-piedra destinada a un accionar particular. La piedra, que ya se ha vuelto simbólica porque es un útil en la mano, y la mano que es una herramienta simbólica por el mismo motivo, generan, a su vez, definición de mundo: “los límites de mi lanzamiento son los límites de mi mundo”<sup>40</sup>, una demostración de la sensibilidad y con ejecución en la lejanía.

Esto también es señalado cuando Sloterdijk define al *quirotopo*<sup>41</sup> como una de las dimensiones espaciales en la creación del espacio humano. Este espacio semi-abierto señala la limitante del cuerpo en toda acción humana, particularmente enfocado desde el caso de la mano. El autor reconoce que los homínidos mismos establecieron con sus manos todas las relaciones físicas posibles con el entorno, en tanto fueron herramientas de relación con los útiles. Ya sea en la actitud del lanzamiento, del golpe o incluso del corte, la mano representa el medio primigenio para la relación con el entorno. El salto se encuentra en que, cuando la piedra ya se convierte en el útil, es una extensión simbólica del cuerpo: yo soy esta corporalidad que me define, pero aquí incluyo también aquello que tomo, y si lo lanzo a la lejanía, ese punto donde golpea lo que tiro también es mi extensión. Finalmente, comprendemos que aquí la clausura de la corporalidad en la mano, en la piedra y, sobre todo, en el alcance, son imágenes que permiten al hombre definir su extensión y espacio de mundo.

---

<sup>39</sup> *Ibíd.*, p. 117.

<sup>40</sup> *Ibíd.*, p. 118.

<sup>41</sup> *Esferas III...*, *op. cit.*, pp. 280 – 290.

El tercer mecanismo definido para la *antropogénesis* es el de la *neotenia* o *pedomórfosis*. Este se refiere a una cuestión más relacionada con la psicología social que con otra disciplina, pues apunta al hecho de la conservación de formas juveniles o infantiles a lo largo de la vida humana. Las condiciones del bienestar de la niñez, más patentes en el estado intrauterino, son buscadas y recuperadas para la vida social posterior. Esto es, mantener al hombre en un estado sin preocupaciones, sin traumas, sin exigencias; en una *incubadora* humana. “El invernadero grupal, estabilizado durante largos períodos, es capaz de garantizar las funciones de un útero externo (...)”<sup>42</sup>. Como bien se señaló en el análisis del mecanismo del insulamiento, el mundo seguro permite la expresión de una ex-taticidad protegida, confortable. Del mismo modo, la infantilización de las formas de vida humanas y la extensión del estadio de ser-indefenso son posibles por la clausura del mundo y al mismo tiempo permiten la definición del hombre como una criatura infantil. A su vez, van de la mano con el desarrollo de las facultades racionales, como bien se dice respecto de la filosofía, que surge en la actividad del ocio... Este mecanismo, que bien podría comprenderse como una resultante, en verdad logra un fomento, una re-apuesta que retroalimenta a la definición de la isla, pues si el hombre está desprotegido fuera de su mundo y se infantiliza en el entorno cerrado y confortable, su isla representa el único lugar en el que este puede y podrá existir en el sentido de formar experiencias.

Por ello, la infantilización no representa una crítica o una desventaja como bien podría leerse. Supone, por el contrario, una comodidad, incluso hasta una ventaja para el modo de existencia confortable por el que ha optado el humano. Simbólicamente, reemplaza el hecho de la vejez y del crecimiento por el convencimiento de eterna juventud inocente y le da, de ese modo, una posibilidad de experiencia estrictamente limitada a su mundo aislado. Lo conecta con los demás hombres, también infantilizados, y se convence de que, juntos, están bajo protección.

Los hombres son seres que se protegen y se cuidan a sí mismos, que (...) generan en torno a ellos un efecto de parque. Ya sea en parques urbanos, nacionales, cantonales o ecológicos, en todas partes los hombres tienen que formarse una opinión sobre el modo en que el grupo regula su automantenimiento<sup>43</sup>.

La dinámica de relación con otros, que ya aquí aparece, será desarrollada con mayor profundidad en el análisis de las sociedades. Por ahora debemos anticiparnos a la presencia de un *lapsus* en nuestro desarrollo. Prometimos el señalamiento de los cuatro mecanismos de la

---

<sup>42</sup> *Sin salvación...*, op. cit., p. 124.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, p. 217.

*antropogénesis* señalada por Sloterdijk en *Sin salvación*, pero repasamos aquí solamente tres de ellos. El motivo es que el último mecanismo ofrece una complejidad clave para nuestra hipótesis general y hemos optado por abarcarlo desde otra aproximación. La *transferencia* salta de un espacio a otro: hay un aparato de simbolización que se desplaza de la creación de hombre al mantenimiento del mundo y su diálogo entre exterior e interior. Sloterdijk lo ubica en esta sección, como un cuarto mecanismo *antropotécnico*. Aquí, en tanto nuestra hipótesis sostiene la simbolización a lo largo de toda producción, nos vemos obligados a dejarlo en suspenso y explicarlo luego, una vez que hayamos desarrollado ampliamente aspectos de dinámica social. El motivo de ello radica en que la transferencia permite definir al hombre desde su apertura al mundo y esta última forma nos habla del tránsito, de apropiación de elementos con el exterior al que sabemos peligroso. Preferimos concluir esta sección con la edificación de “hombre” desde los efectos de clausura: afirmando que ni dado ni arrojado ni esperando a que algo vuelva o acontezca. El hombre y su posibilidad de verdad son, finalmente, producto de una hominización que se juega con técnica y circunstancia: desde la isla, con corporalidad y asegurando el mantenimiento de ambas.

### 1.2.2 Clausura de mundo

“(…) *el aposentamiento humano en el medio primario se ha vuelto progresivamente problemático*”<sup>44</sup>.

Del mismo modo que el hombre lleva a cabo mecanismos *antropogénicos* para su auto-definición, también realiza intervenciones y selecciones en el entorno para lograr así un mundo habitable y óptimo para su desarrollo. Esto se denomina *topopoiesis* y funciona de modo paralelo e incluso interrelacionado con los mecanismos formadores de hombre que vimos anteriormente. A continuación veremos cómo el mundo se produce desde la delimitación del entorno y qué mecanismos permiten su definición.

Lo que primero debemos asegurar, para la comprensión del constructo de “mundo”, es lo que el término abarca, es decir, los elementos que lo componen. Al igual que, en el desarrollo previo, hombre no significó meramente un *Zoon Politikón* ni tampoco *Homo sapiens-sapiens*, “mundo” aquí no se limita a una extensión en el plano o un conjunto de seres vivos. Más bien, desde la teoría de Sloterdijk, se lo podría pensar como una cuestión cartográfica, catastral: de recortes y cruces. El mundo es el espacio modificado por la actividad humana, es el entorno cerrado, el hábitat comfortable; sus componentes son las relaciones, los

---

<sup>44</sup> *Esferas III...*, *op. cit.*, p. 153.

cruces, las resonancias que implican el necesario despliegue de la habitabilidad. En palabras del autor: “Los seres humanos no están en casa en una tierra o en un país sino en un *comfort*”<sup>45</sup>

La comprensión de este análisis se acciona desde otra definición de hombre que aporta Sloterdijk: una criatura que viene de estar dentro y va hacia lo mismo, que se traslada de un estado de protección a otro. Para comprender esta idea, es preciso recuperar el espacio del embarazo que señalamos cuando definimos la importancia de la clausura como mecanismo de supervivencia primordial. La explicación del *proceder-desde-dentro* se remonta a aquel espacio habitado durante el estado de fetalidad: para Sloterdijk este es un momento de inclusión el cual se intentará (re)producir a lo largo de toda la experiencia. Esto significa que el hombre se ocupa de conformar esferas y de producir sus espacios hasta conseguir en ellos el *comfort*, convirtiendo a su entorno en una temática clave para su existencia. El motivo de ello radica en que el útero materno contenedor funciona como un primer hogar, que se encuentra climatizado y acondicionado para la estancia de cada hombre (no se trata aquí del hostil exterior del *Umwelt*: el *venir al mundo* particular de cada hombre implica un regazo cálido y confortable). Tras el parto como una salida forzosa de esa situación confortable o, incluso, la cesárea como un desalojo forzado, el hombre resignificará a *posteriori* la necesidad de crear mundos acondicionados, privados, superpuestos y precederos.

(...) venir al mundo debe entenderse diversamente: ginecológicamente como nacimiento, fisiológicamente como hacerse adulto, antropológicamente como cambio de elemento, políticamente como entrada al campo de poder, poétológicamente como poesía y ontológicamente como captura al mundo<sup>46</sup>.

Como señala la cita, la habitabilidad no recae únicamente en cuestiones arquitectónicas de espacialidad tradicional. Del mismo modo que el *venir al mundo* acaece de varias formas porque la idea misma de mundo como espacio delimitado es amplia, habitarlo aquí implica una dinámica más compleja: un ejercicio de pensarse perteneciente a un área y, a partir de allí, producir lugares en los que se pueda él mismo no-ser indiferente<sup>47</sup>. Como resulta evidente, consideramos que esta producción acontece, al igual que la de hombre, bajo clausuras simbólicas. Evitando las categorizaciones directas y las definiciones fijas, el autor piensa en funcionalidades. Desde allí señala dimensiones que suponen conformar la noción de mundo: nos referimos a la caracterización de los nueve *topoi* patentes en el tercer tomo de la trilogía<sup>48</sup>. A partir de estas dimensiones, la mundanidad se define por el accionar de la mano (*quirotopo*),

---

<sup>45</sup> *Ibíd.*, p. 305.

<sup>46</sup> *Sin salvación...*, *op. cit.*, p. 180.

<sup>47</sup> *Ibíd.*, p. 35.

<sup>48</sup> *Esferas III...*, *op. cit.*, pp. 280 – 381.

la posibilidad de la emisión y recepción de sonidos (*fonotopo*), la existencia en el cobijo materno (*uterotopo*), la posibilidad del acondicionamiento del clima (*termotopo*), la sexualidad sobre sí y con los otros cercanos (*erototopo*), las formas simbólicas de convivencia (*ergotopo*), las nociones de verdad (*alethotopo*), la presencia de la muerte (*thanatotopo*) y, finalmente, el universo de legalidades y normas (*nomotopo*). Como bien podrá percibir el lector, algunas de estas nociones ya fueron introducidas previamente, en tanto el paradigma de las esferas nos permite un desplazamiento continuo y sutil entre los constructos de hombre y mundo. Otras, se analizarán a continuación, pero es importante reconocer que el motivo de la separación temática aquí planteada corresponde a nuestra tesis principal y no al análisis original del autor.

Previamente comprendimos que, cuando el homínido elige su salida, queda a la intemperie y debe reponer su *confort*. La esferología orientada ahora al análisis de la espuma, apuesta a una dinámica plural y multicameral pero bajo la premisa de que este diálogo se posibilita con un previo aislamiento privado. Justamente, Sloterdijk afirma que los límites de un mundo resultan colindantes y compartidos con otras esferas, compañeras, cómplices de esta espacialidad. Hay intimidad en el espacio de un hombre y el punto que sigue su mirada, pero allí también se superpone la resonancia de su cuerpo en la habitación, de su historia con su experiencia... Todos estos tránsitos acontecen entremezclados y, por más que entre dos pares de ojos mirándose no pueda participar nada más, sí los atraviesan fuerzas externas o incluso internas que los obliguen a exteriorizarse. Estos meros ejemplos son ilustrativos y pretenden señalar un hecho no menor: el mecanismo del aislamiento es un *co*-aislamiento, al igual que, como ya vimos, el cierre de las esferas es un *semi*-cierre.

Para desarrollar esta noción, Sloterdijk también utiliza la imagen de *estar-en-la-isla*, que supone que la existencia hace experiencia, realidad o mundo a través de una clausura en un invernadero existencial. Así se comprende también el motivo por el cual cobra mayor importancia la cuestión climática: “es más bien la diferencia atmosférica la que aporta lo decisivo a la definición de lo insular” y continúa: “(...) las islas constituyen enclaves climáticos dentro de las condiciones generales de aire; (...) se configuran siguiendo sus propias leyes, bajo el efecto de su aislamiento marítimo”<sup>49</sup>. En otras palabras, la clave de la habitabilidad radica en espacios humanamente habitados gracias a que se encuentran simbólicamente climatizados.

La diferencia topológica entre interior y exterior tiene un sentido moral y la moral uno inmunológico; produce el desnivel entre lo bueno e interior y lo malo

---

<sup>49</sup> *Ibíd.*, p. 240.

exterior (...) como diferencia de lo puro frente a lo impuro, lo justo frente a lo injusto<sup>50</sup>.

¿Por qué volver sobre las formas limitantes? Porque, del mismo modo que utiliza la imagen del aislamiento como un mecanismo antropogénico, Sloterdijk lo pone a funcionar para la delimitación o clausura del mundo en tanto permite la producción de un *confort* interior. Aquí vemos que las mismas formas limitantes que se utilizaron para la comprensión de los mecanismos *antropogénicos* funcionan a la hora de comprender la formación del mundo. Esto no debe extrañar al lector, pues el eje de toda nuestra investigación radica en la forma de la clausura, a la que volvemos constantemente. Ahora bien, ¿qué implica que el aislamiento se da bajo la forma compartida del *co-* y el *semi-*? Que las islas-mundo presentan formas privadas pero en constante interacción. Para demostrar esto, Sloterdijk afirma que el estado inmediato y primigenio del hallarse en un mundo supone encontrarse en cierto estado de ánimo y define al mismo como un *clima*. Esto, que se lía directamente con el *temple* heideggeriano, entra en contacto con las resonancias de los demás mundos o esferas y se clausura en una forma contenedora de *atmósfera*<sup>51</sup>. En esta construcción hay, por ser justamente eso, técnica y producción. Gracias a esta noción y a la presencia innegable del vacío como la no-sustancia de la esfera, el aire pasa a ser algo más que *pneuma* y se convierte en el actor central de una vida más ligera. El aire siempre ha sido lo habitable, pero, bajo los parámetros aquí supuestos, se descubre como pura potencia para el despliegue de la co-existencia. Es el entorno al que se es-arrojado pero al cual se puede afectar y alterar según la búsqueda de *confort*. En otras palabras, es el *dónde* puro, al que el hombre buscará resolver desde el *cómo*.

Aunque el hecho humano se base en un efecto invernadero, los invernaderos primarios antrópicos no poseen, en principio, paredes y tejados físicos, sino, si se pudiera decir así, sólo paredes de distancia y tejados de solidaridad<sup>52</sup>.

Desde la sociedad de espumas, el aire aparece como un jugador que no garantiza pero sí exige, y en su exigencia evita caer en la necesidad gravitatoria de aferrarse a la corteza y esperar... El aire mismo no es inmediatamente un *útil a la mano*; por el contrario, para poder ser conveniente debe ser conquistado mediante diversas técnicas: la pasividad aquí ya no es un don: “(...) vivir y respirar bajo el cielo abierto no puede ya significar lo mismo que en épocas

---

<sup>50</sup> *Esferas II...*, *op. cit.*, p. 164.

<sup>51</sup> Para Sloterdijk la diferencia entre clima y atmósfera radica en que el primero se asocia con un temple privado, sutil, inaccesible al lenguaje. La segunda, por el contrario, representa una forma mediatizada y convenida de aquel, compartida por el grupo resonante interconectado. Esto puede continuarse y/o profundizarse en *Ibíd.*, p. 128.

<sup>52</sup> *Esferas III...*, *op. cit.*, p. 277.

anteriores. De la inmemorial sensación de patria de los mortales en el aire libre ha surgido algo inquietante, inhabitable, irrespirable”<sup>53</sup>.

Entonces, la climatización resulta una problemática o, mejor dicho, una necesidad que reclama acción. Al igual que, para pensar a dinámica dentro de la esfera es propicio atender a la forma del escuchar música, al pensar en el entorno y el mundo es preciso pensar inmediatamente en el aire. En ese aire se crea un entorno (*atmosfopoesis*) desde procesos arquitectónicos y simbólicos artificiales. De tal modo, vemos cómo cobran importancia los estudios sobre el *air-conditioning*<sup>54</sup> como la ciencia de los invernaderos, que es, en definitiva, la ciencia de los espacios de existencia del hombre: la ciencia sobre el mundo habitable. El fenómeno de refrigeración del espacio de vida supone, así, una combinación apropiada de necesidad y creatividad, porque saber qué hacer con el aire es la condición de supervivencia. Este acondicionamiento es asimilado como una climatización, tanto en un sentido literal como en otro más simbólico. Esta representa una necesidad básica para la supervivencia del hombre: ya sea desde el cobijo materno de la burbuja primordial, o incluso desde la expansión de las grandes murallas de la era de los grandes globos, el hombre necesita de un clima templado del mundo interior íntimo. Afirma: “La vida es un efecto colateral del mimo climático...”<sup>55</sup> pero también nos alerta cuando asocia la vida de la ciudad a un invernadero y no así a un campo o un jardín<sup>56</sup>.

El cierre ante el mundo, que es al mismo tiempo cierre del mundo, de mi mundo, se efectúa al definir las limitantes: las paredes. Lo que acontece a continuación y tras el aislamiento, es la producción de un clima extra: una atmósfera, que supone ser algo posterior y diferente del primer elemento. En la atmósfera, entran las relaciones culturales y políticas, las convenciones, los *temples* “generales”. Así, Sloterdijk entiende a la existencia de un individuo tensada en una tonalidad propia de su estado de ánimo y un hecho atmosférico: un clima multitudinario asumido por y para la convivencia con los próximos externos. Esto es lo señalado como *termotopo* y refiere al mundo como espacio de *confort* adquirido gracias a la técnica climática. Frente a los climas individuales y el privado *encontrarse*, grupalmente se piensan formas generales de atmósferas y sujetos plurales: “¿cómo se siente el grupo?”. Se clausura la totalidad de islas antropógenas y se limitan y climatizan todos los mundos, de forma paralela y corriente, multitudinaria y masiva. Así, el co-aislamiento y la climatización suponen

---

<sup>53</sup> *Ibíd.*, p. 25.

<sup>54</sup> La expresión de *air conditioning* hace referencia a la producción de entorno a nivel temple atmosférico y no climático. Esto significa, convencional y secundario y no privado e instintivo.

<sup>55</sup> *Ibíd.*, p. 139.

<sup>56</sup> *Sin salvación...*, *op. cit.*, p. 52.

el par de actividades primordiales para la patencia del mundo que, en clave de la espuma, supone la convivencia múltiple entre paredes:

La metáfora de la espuma ofrece la ventaja de captar en una imagen la estructura topológica de las producciones de espacio vital-creativo-autoaseguradoras. No sólo recuerda la estrecha vecindad entre unidades frágiles, sino también la clausura necesaria de cada célula de espuma en sí misma (...) <sup>57</sup>.

En este apartado señalamos que la posibilidad del acondicionamiento del medio de vida supone la definición de ciertas dimensiones espaciales. Así concluimos que, el constructo del *termotopo* representa la simbolización por excelencia de la producción de mundo en tanto unifica la forma del clima privado con la presencia de las resonancias externas. Con ello también comprendimos que, si justamente el mundo como tal (y de la mano, el hombre) se define por su habitabilidad y esta es adquirida gracias a la convención de un temple anímico general, la mundanidad misma es un producto metafórico. El mundo como espacio para poder residir, para poder estar-dentro, no es otra cosa que una simbolización de ciertos mecanismos que hacen posible la experiencia del *confort* en el exteriorizarse. Mundo entonces es la simbolización de un útero cerrado y protector, la producción de símbolos que dan “sensación de pertenencia”, el espacio que se altera con el accionar de las extremidades, y (entre otros), la elección de una atmósfera anímica provechosa para la supervivencia.

Creemos que aquí debemos pasar a un desarrollo que se ha vuelto ineludible y es, justamente, el referido a la convivencia entre esferas privadas. ¿Cómo intercalar todas estas producciones, algunas menores pero otras ya, evidentemente, generales?

### **1.3 Símbolos de apropiación**

Como bien vimos, tanto el *constructo* de hombre como el de mundo proveen al individuo de una sensación de protección ante un entorno que, inmediatamente, no es ameno. Pero como bien señalamos antes, estos símbolos funcionan repetidos e interconectados en lo que el autor describe bajo la forma de la espuma. A continuación veremos, por un lado, estas formas ampliadas: ¿cómo interactúan en la sociedad poli-esférica? Luego nos ocuparemos de la instancia *border-line* que implica, no sólo la posibilidad de crecimiento e incorporación de elementos del exterior a las mismas sino, más bien, un tipo de asimilación que permite acondicionarlas y mantenerlas y, así, evitar la catástrofe de una explosión dramática. La isla debe crear muelles, el invernadero debe poseer ventilaciones que no afecten el clima interior,

---

<sup>57</sup> *Esferas III...*, op. cit., p. 195.

que no supongan una apertura por encima de la clausura primordial, pero que atemperen el mundo interior para que este símbolo mantenga un lazo con el exterior y no pierda su imagen de “realidad”.

### 1.3.1. Sociedad simbólica y domesticación

La obra comunitaria que desemboca en la creación de islas se lleva a cabo de modo que quienes viven en común crean a partir de un fondo escénico compartido de situaciones interiores y reproducen éstas en una exterior diferente. Es así como un grupo fuertemente coherente se convierte en un uterotopo (...)<sup>58</sup>.

Ante la situación de vacío como elemento primigenio y por destinación humana (histórica y electiva), los hombres se ven igualmente necesitados de contención. Como ya vimos, para Sloterdijk hay una correspondencia entre el *hábitat* amniótico del embarazo y la búsqueda posterior de espacios de *confort*. Ahora, en el paradigma de la espuma, se trata de generar esta misma dinámica de contención y seguridad a mayor escala, es decir, a nivel grupal, masivo. A la materialización de este espacio ampliado que logra la forma colectiva, el autor lo denomina “comuna amniótica”<sup>59</sup> y es la forma que se concretará en conceptos simbólicos de sociedad o incluso cultura<sup>60</sup>. La comuna nos hace imaginar grupos regulados, organizados, de accionar distribuido pero en vistas a un bien común, que significa estar asociados bajo una forma atmosférica consensuada y ya no climática. El líquido amniótico le dona, a esta agrupación, un manto de protección: una seguridad que funciona como su propio aire. De este modo la comuna convence a sus integrantes de ser el elemento primigenio para la vida. El hombre, ahora que sabe que es imperiosa la auto-referencia, hace funcionar a la sociedad como un grupo-nosotros que sabe cobijarse instalándose en formas integradoras<sup>61</sup>, que aunque simbólicas, generan sensaciones reales.

Pero es importante reconocer que esta asociación de espuma ofrece una contención distinta a la de los globos, descrita previamente en la sucesión ontológica de la introducción. Ello se debe a que la actualidad se presenta como una época que descrea de toda pretensión absolutista, de toda necesidad de centro. En otras palabras, la diferencia respecto a la imagen

---

<sup>58</sup> *Ibíd.*, pp. 301 - 302.

<sup>59</sup> *Esféras II...*, *op. cit.*, p. 186. Esta comunidad también es señalada como un *auto-container* (ver en: *Ibíd.*, p. 868), pero consideramos que la expresión referida al útero es más provechosa para este desarrollo.

<sup>60</sup> No hay diferencias notables en los escritos de Sloterdijk en referencia a estas dos palabras: ambas señalan lo mismo y funcionan operativamente del mismo modo. Por tal motivo, mantendremos esa alianza para nuestro desarrollo. Vale aclarar que siempre es necesario volver hasta la advertencia y recordar que esta autor nos obliga a salir de categorizaciones herméticas y mutismos tímidos (o bien, poco valientes).

<sup>61</sup> *Ibíd.*, p. 176.

del globo limitado y estallante que generaba un sistema absoluto radica en que ahora se trata de una interrelación más cercana y cotidiana, pero no necesariamente menos profunda. En lugar de pensar una jerarquía de estrella o de sol, aquí ya no se trata siquiera de múltiples puntos irradiantes al tipo de una constelación. Hablamos sí de vías, de accesos, de espacios de resonancia: por ello propusimos en el inicio la imagen del mapa.

Entendemos bajo «sociedad» un agregado de microesferas (parejas, hogares, empresas, asociaciones) de formato diferente, que, como las burbujas aisladas en un montón de espuma, limitan unas con otras, se apilan unas sobre y bajo otras, sin ser realmente accesibles unas para otras, ni efectivamente separables, unas de otras.<sup>62</sup>

Es importante considerar que, en tanto Sloterdijk no es un gran optimista ni tampoco un utópico revolucionario, ante la falta de trasfondo que caracterizaba al globo, en la espuma no se resuelven las subjetividades de modo aislado y libertino. Justamente, la exigencia aumenta: las construcciones menores intercaladas buscan ahora integrar un sistema que les permita una mutua contención y favorezca el crecimiento ininterrumpido, con cuidados y aseguramiento de *confort*. Nos aventuramos a enunciar que, lo que exige esta sociedad de hoy no es un centro irradiante sino más bien, una suerte de abrigo que cubra y aisle (distancia, delimite, clausura) pero manteniendo siempre las rutas de conexión. Por tal motivo, lo que repondrán las construcciones de “segunda naturaleza” serían algo así como mallas que asocien los puntos auto-referenciales. El gran útero supone, justamente, el proceso *antropopoiético* y *topopoiético* originario, cotidiano y lo lleva a una dimensionalidad mayor y más radical que incluye a los símbolos menores. Su rol principal es el de ser productor de atmósfera, pero como un planeamiento meteorológico que, tras una consensuada disposición de normas, busca y produce un temple ideal desde la interrelación de climas, regulados mediante diversos mecanismos de clausura.

Por señalar un ejemplo de estos mecanismos multitudinarios, en “Reglas para el parque humano...”<sup>63</sup>, Sloterdijk señala que las lecturas y los cánones literarios han sido las herramientas culturales que, desde la definición de “hombre” logran una unificación social. Esta cuestión le permite caracterizar al humanismo como un medio de domesticación, expresión referente al accionar que implica hacer dócil a un animal mediante ejercicios, acostumbrarlo a adaptarse y racionalizarse para vivir en seguimiento de un ideal. Esto nos conecta nuevamente con los mecanismos *antropogenéticos* que vimos desarrollados previamente y que funcionan a nivel privado. Pero ahora notamos que también tienen un

---

<sup>62</sup> *Esferas III...*, op. cit., p. 50.

<sup>63</sup> Conferencia recopilada en *Sin salvación...*, op. cit., pp. 197 - 220.

carácter de proyección en tanto se asocian a una “segunda naturaleza” que ya es claramente producida en pos a una dinámica social. Lo que aquí comprendemos es que el útero social le indica al individuo el modo de recortarse, es decir, qué clausurar y qué mantener dentro del concepto de su identidad. En tanto esto repercute directamente en lo que se conoce y experiencia, acaba por domesticar y producir al hombre a su imagen.

En este trabajo consideramos que, en aquel escrito, Sloterdijk utiliza la expresión de “parque humano” para referirse a un fenómeno actual de la dinámica atmosférica de la espuma: hoy ya no se trata de un humanismo sin más, aunque tampoco supone esto una falta de domesticación. Para Sloterdijk todavía acontece la crianza y adiestramiento de hombres, pero a diferencia de lo anterior, el individuo hoy no necesita creer en un trasmundo metafísico accesible mediante cánones literarios, sino en un techo y un suelo contenedor posiblemente accesibles mediante nuevas tecnologías. Señalar a la sociedad como un “parque humano”, una suerte de zoológico temático como lugar familiar normalizado por reglas ya no es un mero humanismo, sino un *humanismo marginal*, según el autor, que le permite integrarse socialmente bajo una forma definida, cerrada, clausurada. Sin pronunciarse respecto a esto como algo mejor ni peor, el autor sostiene que esta dinámica hace de los hombres seres carentes de meta a nivel global, pero preparados para brindar un espectáculo. Nosotros concluiremos que se trata, en definitiva, de un animal en cautiverio que pide que siempre se mantenga contenido en su jaula multitudinaria.

Esta dinámica también puede analizarse desde la lectura de otro texto, previo cronológicamente pero pertinente temáticamente, titulado *En el mismo barco: Ensayo sobre la hiperpolítica*. Allí, Sloterdijk analiza otra tríada de elementos, históricamente sucesivos, que definen más que la existencia del hombre y su relación con el entorno, las formas de coordinación e interrelación entre humanos. Estas formaciones implican cada cual un número poblacional clave y una forma de política imperante, que depende directamente de la extensión multitudinaria. En principio, el autor nos define las “balsas” como las formas primigenias de institución social, donde el lazo psíquico empático alcanza su grado más profundo. Esta es la forma de vida de las hordas, de aquel grupo que se encarga de su propia generación de miembros y linaje. Sloterdijk lo señala como un invernadero emocional y sostiene que en él se desarrolla una *paleo-política* en referencia a la pre-historia tradicional. En segundo lugar, se definen las “galeras” o “fragatas”, como espacios de navegación mayores que comprenden más individuos a modo de un *gran hogar*. Esto implica teorías de orden, formaciones generales encargadas de la organización humana, es decir: escuelas, academias, etc. En esta instancia es que se evidencia el rol del Estado como una madre metafórica, una gran mentira de unificación

de la cual renegarán los cínicos<sup>64</sup>. La política aquí, debido al gran número de individuos y a las actividades de unificación, se convierte en *megalopolítica* o *metropolitana*. Pero es el tercer constructo el que aquí posee suma importancia, pues en el mismo:

Los jugadores del nuevo juego mundial de la nueva era industrial ya no se definen a sí mismos por la patria y el suelo, sino por medio de los accesos a estaciones de ferrocarril, a terminales, a posibilidades de enlace. El mundo es para ellos una hiperesfera conectada en red<sup>65</sup>.

Ya no se trata tampoco de grandes unidades que resuman o sintetizen: aquí y ahora aparecen las “naves” como grandes mundos sin forma, sin criterio específico de definición pero necesariamente dedicadas a suplir esa orfandad mediante un rearme basado en la conexión a grandes escalas. En otras palabras, lo que ocurre con las naves es que, aunque no delimitadas intrínsecamente, sí se definen a sí por sus conexiones y posibilidad de comercio. Entonces, tanto según *Esferas* como esta obra previa, el hombre recurre a constructos de unificación que son más simbólicos que reales: con lo arriba señalado, esto significa que se busca una lógica externa, abstracta, contenedora, pero que, de cierto modo, sobrepase las situaciones particulares privadas y las asocie a una dinámica móvil de inter-conexión justificante. Y esto ocurre tanto para la conformación de un grupo como también para su mantenimiento, desde la clausura de una identidad ahora definida por su interconectividad. La espuma crece indeterminada pero dentro de una red, que une todos sus puntos, que los conecta. Los hace privados pero parcialmente accesibles y es en esa parcialidad en que se asocian al sistema contenedor, también llamado amniótico.

La “sociedad” de bienestar muestra efectivamente, las características de una instalación total; configura una esfera de artificios que no deja salir de ella a sus visitantes: en tanto transforma a los visitantes en habitantes (que olvidan enseguida que son visitantes) los rodea con una red irrompible de ofertas de *confort* y otros motivos de permanencia<sup>66</sup>.

La importancia de lograr esta unificación simbólica se clarifica desde la obra *En el mismo barco*, donde se define la convivencia entre hombres como conflictiva en tanto el *factum* de la humanidad recae en la dificultad para el consenso. Ante ello, la historia de las ideas políticas, por más de hacer pie en el plano de las posibilidades, debe también asegurar un

---

<sup>64</sup> No detallaremos ese contenido por una cuestión de extensión, pero señalamos que es enriquecedor pensar los correlatos con la obra *Crítica de la razón cínica*, no tanto por su detalle histórico sobre el *quinismo*, sino, más bien por su análisis de la dinámica actual cínica de lógicas esquizoides que negocian con el todo-global. Ver en: Sloterdijk, P., *Crítica de la razón cínica*, traducción de M. A. Vega, Madrid, Ed. Siruela, 2003.

<sup>65</sup> *En el mismo barco...*, *op. cit.*, p. 68.

<sup>66</sup> *Esferas III...*, *op. cit.*, p. 613.

trasfondo fantástico, ilusorio, donde opere la imaginación productiva que logre, justamente, ficciones operativas para el consenso. Afirma al respecto: “Las sociedades son sociedades mientras se imaginan con éxito que son sociedades<sup>67</sup>”. En otras palabras, a la teoría de la sociedad como asociación con fines de supervivencia y búsqueda de *confort*, Sloterdijk suma un mantenimiento de tipo hipnótico<sup>68</sup> como la condición para el convencimiento. Esto significa, no solo que la gran inmunidad que consiguen no es otra cosa que una ficción, sino también que la solución a la falta de cobijo es un placebo que logra una “sensación de *confort*”. Hipnotizarse a sí misma le permite a la sociedad estimularse: crearse una unidad homogénea aporta confianza y seguridad. De este modo, funciona el fenómeno de una producción de la sociedad, una auto-fabricación basada en historias fuertes que donen sentimiento de pertenencia y unidad: También: “(...) «sociedad de bienestar» es *de facto* una plástica o una escultura social, co-modelada por sus participantes”<sup>69</sup>.

Si, como afirma Sloterdijk, la política es el arte de lo posible<sup>70</sup>, lo que aquí acontece como dinámica de las sociedades de la espuma es una *hiper-política* como arte de lo lógicamente posible entre símbolos. En las sociedades previamente caracterizadas como *containers*, *uterotopos* o *comunas amnióticas*, es necesario establecer una forma *meta-colectora*, es decir, que pueda liar e interconectar todos los puntos incluidos y cubrir el rol de protección. Según el autor, en las *meta-ciudades* el mecanismo operador es la *hiper-política*. El motivo de ello radica en que estas *meta-ciudades* se caracterizan por evitar el suelo, es decir, construirse ampliadas pero manteniendo una distancia de la realidad. Consideramos en este trabajo que esta es la creación comunitaria de aquellos que viven en y son esa espuma. Diremos al respecto, y aquí aventuramos nuestra tesis principal, que a este nivel de *hiper-* y *meta-* ya no se trata de meros símbolos que funcionan acondicionando aspectos agresivos del entorno. Se trata más bien de un tránsito entre simbologías, se trata de un nivel de interrelación que se construye desde y para los símbolos. Es, en definitiva, el diálogo que se establece entre las esferas privadas dentro de la gran espuma que ahora adquiere la forma de una semiótica.

### 1.3.2. Transferencia entre los grandes símbolos

---

<sup>67</sup> *En el mismo barco...*, *op. cit.*, p. 20.

<sup>68</sup> *Esferas III...*, *op. cit.*, pp. 48 – 49.

<sup>69</sup> *Ibíd.*, p. 610.

<sup>70</sup> Con ello, el autor limita este término a aquello que se puede realizar, dentro del panorama de lo realizable situacionalmente. Ya no se trata de derecho *numinoso* y extensiones transmundanas hacia lo imposible en la corteza terrestre. De lo que se ocupa, particularmente, es de la relación entre la razón del Estado y la razón privada, buscando de tal modo cierta comunidad entre ambas y una correcta convivencia hacia adentro de la comunidad, entre sus integrantes. Ver en: *En el mismo barco...*, *op. cit.*

Como puente entre los apartados previo y siguiente, realizaremos una breve aclaración metodológica. Como bien se adelantó, afirmamos que Sloterdijk presenta un análisis que no es meramente simbólico sino que posee características semióticas. El símbolo, tema sumamente ahondado por numerosos lingüistas y filósofos, nos remite a una construcción metafórica que se yergue en representación de una realidad. La entendemos como una cara, o bien una máscara de un aspecto más extenso y complejo (inabarcable) cuya representación es útil en la cotidianeidad. El símbolo se encuentra, a nuestro parecer, entre el compendio de realidad y aquello que enunciamos de ella: es el portero de todo nuestro lenguaje, articula la forma en que se experiencia el mundo y, desde allí, todo lo que de ello se deriva<sup>71</sup>. Tomando esto como una base originaria del existir del hombre y al orientarnos en el análisis del paradigma de la espuma, desde su mecanismo de *mega-ciudad e hiper-política*, ya no señalamos símbolos en lugar de realidades: por el contrario, remitimos a juegos establecidos entre los propios símbolos ya naturalizados comprendidos como segundas naturalezas. Por tal motivo es que, para señalar la dinámica que opera a gran escala en la espuma social, optamos por la expresión de la semiótica entendiendo que ésta estudia la relación entre signos, atendiendo a su sentido lógico y no así a la relación con lo real de los mismos. Esta forma es propicia para nuestro desarrollo porque supone un análisis entre formas que no atienden a su referencia, del mismo modo que la sociedad desde la *hiper-política* olvida la producción de los simbolismos de *confort* y comercia entre las *meta*-identidades. Entonces, a partir de este punto nos iremos despegando de las conclusiones del autor alemán: nos animamos a redoblar una apuesta que puede parecer un mero juego lingüístico pero, como siempre, en el fondo, se juega una dinámica experiencial diferente. Veremos, a continuación, esta forma en acción inmersos en la teoría que presenta Sloterdijk.

Previamente analizamos las políticas de calentamiento de una sociedad y las comprendimos bajo la forma de simbolismos en tanto se producen identidades de pertenencia y espacios de contención. Comprendimos también, que la producción originaria del hombre es la *poiesis* simbólica. A su vez, las clausuras a gran escala permitieron la afirmación del “somos esto” y “no somos aquello”, definiciones a las que entendimos como mecanismos de climatización que mantienen viva esta comuna amniótica. Ahora bien, la comuna tiene por movimiento constante el de un crecimiento: buscar comprender bajo su *confort* más espacios

---

<sup>71</sup> Para esta afirmación recomendamos leer *Venir al mundo, venir al lenguaje*. Por motivos de extensión no repararemos en su desarrollo. Desde esta idea, es posible comprender las conclusiones previamente trabajadas referidas a la base de simbolización patente en todas las búsquedas de *confort* a nivel humano y espacial. Sloterdijk, P., *Venir al mundo, venir al lenguaje*, traducción de Germán Cano, Madrid, Editora Nacional, 2002.

y, así, asegurar más la protección de sus participantes. En palabras del autor: “Las microesferas crecen hasta convertirse en macroesferas en la medida en que consiguen incorporar las fuerzas exteriores estresantes en su propio radio”<sup>72</sup>. Para ello, esta comuna debe establecer ciertos juegos o dinámicas con el exterior indeterminado; para asemejarlo de cierto modo y así volverlo una herramienta hacia el interior. Esto le permite, no sólo cierto dominio (cuestionable) sobre lo que ocurre fuera de su circuito, sino también la posibilidad de enseñar a sus integrantes lecciones del frío crudo de no-estar-contenido, que como bien puede imaginar el lector, funcionan como refuerzos y mantenimientos de la situación confortable de la comuna.

Es importante rescatar una tesis importante de Sloterdijk, que articula casi la totalidad de la obra y completa las nociones de la espacialidad. En *Sin Salvación...*, el autor afirma que la cultura es vivificada por la forma del lenguaje común y compartido por sus integrantes. Cuando analiza los mecanismos formadores de hombres, refiriéndose a la *neotenia* como incubadora social, sostiene que esta prolonga un estado infantilizado en el que: “la conversación que somos es más fundamental que el suelo sobre el que estamos”<sup>73</sup>. Esta idea implica que la cuestión de mundo no es estrictamente una temática de espacialidad literal; por el contrario, se convierte en un complejo mayor de la existencia. Si el mundo es entendido como parte de la experiencia, de lo que se trata aquí, en las *meta-ciudades* uterotópicas, es de llegar al núcleo conector de experiencias individuales en la espuma común. Así, afirma el autor, que más que una cuestión territorial, la comunidad se dibuja a sí misma mediante un habla. El lenguaje que compartan los integrantes los conecta, lía sus experiencias y, mediante ellas, se accede a las cuestiones existenciales. Desde entonces, se adhiere a una experiencia comunal y una existencia protegida desde el placebo de la “identidad común”. Esto también implica modos de cooperativismo y domesticación: comparte y excluye, señala, define; simboliza. En conclusión, podemos afirmar provisoriamente que, para Sloterdijk, el lenguaje es la clave de toda formación social. Además de encontrarse señalado en el tercer mecanismo antropogénico, es el órgano principal de un cuarto; antes no desarrollado pero ahora sumamente pertinente. No referimos aquí al mecanismo de la *transferencia*.

Para ello, debemos desplazarnos del prejuicio psicológico de la transferencia freudiana que nos resulta más común de imaginar. Aquí no se trata de la extrapolación de actitudes y sentimientos experienciales de un actor a otro: este es un nivel mayor de tránsito. La transferencia en Sloterdijk supone una movilidad de elementos exteriores hacia el interior

---

<sup>72</sup> *Esferas II...*, *op. cit.*, p. 148.

<sup>73</sup> *Sin salvación...*, *op. cit.*, p. 131.

del útero social. De lo que se trata aquí es de un traslado mediatizado de elementos desde un *beyond the line* amenazante al tibio cobijo normalizado. Volviendo sobre territorio ya afianzado, habíamos concluido que la actividad primigenia del hombre es la de clausurar ante sí espacios y acondicionarlos para lograr un despliegue experiencial, pero también asumimos que los mundos no son totalmente herméticos. Del mismo modo, la comuna amniótica se clausura pero no totalmente; su semi-apertura o mejor dicho, la posibilidad de un ingreso de elementos exteriores, se convierte en una necesidad, siempre y cuando estos se encuentren mediatizados, intervenidos, regulados.

Justamente se plantea la necesidad de este tránsito porque, en la teoría de las esferas, ninguna construcción se encuentra fuera de peligro. Si estos espacios de *confort* están condenados a estallar, es decir, a no mantenerse eternamente, se debe a lo que el autor denomina “estresores”. Aquí se suponen los elementos que acaban con la seguridad del cobijo, tensionando la atmósfera interior. Sloterdijk señala que se tratan de formas políticas, psicológicas, sociales e incluso mentales que implican tanto a los enemigos exteriores como bien la posibilidad de una depresión dentro de la propia comuna. Así también, se refiere a ciertas ideas como la noción de la infinitud y la muerte. Imaginemos el tipo de catástrofes que esto genera en un entorno acondicionado: roturas de mundo y, entonces, inmersión del frío exterior; pérdida del lujo y la comodidad que, cuanto más confortables se han vuelto, también más dispares de lo externo resultan. Para evitar esta desestabilización del *confort* interior, la transferencia es un mecanismo que permite apropiarse, hacia adentro e incluso poder negociar con otras esferas vecinas, a modo como funciona una aduana, el pasaje de elementos externos al interior, un poco para recordar la situación de lujo de la comuna y, otro poco, para ir adaptando el clima interior a lo que pueda alterarlo.

Con él [el lenguaje] navegan los hombres en los espacios de semejanza. Lo importante de él no es sólo que los hombres se apropien del mundo cercano poniendo nombres fijos a las cosas, personas y cualidades y envolviéndolas en historias, comparaciones y series. Lo decisivo aquí es que él aproxima lo extraño e inquietante hasta incluirlo en una esfera habitable, inteligible y revestida de empatía<sup>74</sup>.

Para lograr el traslado y la normalización, la transferencia se vale del lenguaje como órgano principal. ¿Qué significa esto? Simplemente que el tránsito entre exterior/interior no sea solamente un espacio de entrada. Por el contrario, debe asegurar que aquello que ingrese lo haga de modo dosificado, es decir, penetrar en la comuna bajo los parámetros que el interior

---

<sup>74</sup> *Ibíd.*, p. 137.

pueda soportar. Esta acción es posible solamente mediante la simbolización de aquello que ingresa: tarea del lenguaje<sup>75</sup>. Toma fuerzas exteriores, gana territorialidad y suma extensión a su espacio de *comfort*. En palabras del autor: éxtasis en éntasis, contexto en texto; diremos nosotros: extraño en distinto, lo indecible en *lo otro*.

Con la aparición de lo externo, extraño, casual, dinamitador de esferas rivaliza desde el principio un proceso de consolidación del mundo que trabaja por avvicinar en un interior ampliado cualquier afuera, por horrible e inconveniente que sea: todos los demonios de lo negativo y los monstruos de lo extraño<sup>76</sup>

Un caso también interesante que responde al mecanismo de transferencia lo representa el infinito indecible de la muerte. Sloterdijk señala el modo en que es posible incluir en la experiencia algo tan monstruoso como es la muerte en un comercio al interior de la comuna cotidiana. Esto es posible, dirá el autor, bajo la forma de una idea y la delimitación lingüística de lo que implica. La muerte como forma de lo indecible representa el espacio que, por definición, nunca podrá aclimatarse ni habitarse. Ocurre que a los mortales lo ausente y trascendente los intriga y secuestra en tanto afuera de los límites. Ante tal hecho, la muerte como constructo inconsciente e indecible representa a la perfección este estado morboso de placer peligroso. Ya sea como una atracción por aquello que lo sobrepasa, o bien por reconocer la muerte como una parte indefectible de su experiencia, siempre hay una ligazón hacia ese espacio. Cementerios, fotos conmemorativas, recuerdo de fechas, e incluso la necesidad médicamente comprobada de afirmar literalmente el deceso de un ser querido (tanto decirlo como oírlo). Así, para el autor, “la isla humana es un lugar visitado y afectado por la vida ya muerta”<sup>77</sup>.

Cuando Sloterdijk señala las dimensiones de la isla antropógena, dedica uno de los *topos* a *thanatos*. Este espacio es descrito allí como un anillo por fuera de la esfera mundo habitada que incluye a los muertos y al que se señala cada vez que se realiza un duelo. Así, el *comfort*, tanto de la isla humana particular e incluso de la sociedad, está “codeterminado, en principio, por ser una zona de visita”<sup>78</sup> de los muertos. El autor afirma, en este apartado, que los vivos, durante su experiencia de existencia ofrecen constantemente un espacio de revelación

---

<sup>75</sup> A su vez, lo pone en el rol central en *Venir al mundo, venir al lenguaje*: “lo que llamamos individuo es básicamente el pergamino viviente en el que se dibujan segundo a segundo los perfiles de la crónica de nuestra existencia en medio de un escritura nerviosa”. Aquí, toda experiencia, todo acontecimiento se graba en el individuo como una marca, como un tatuaje, y es de esa huella de la que brota el lenguaje mismo. Ver en *Venir al mundo...*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>76</sup> *Esferas I...*, *op. cit.*, p. 60.

<sup>77</sup> *Esferas II...*, *op. cit.*, p. 337.

<sup>78</sup> *Esferas III...*, *op. cit.*, p. 338.

a los que no están-ahí. Se refiere tanto a los antepasados como a los muertos e incluso a los dioses y demás espíritus que, sin tener experiencia de ellos, modifican la de aquellos que existen. Este movimiento permite una conexión de aquello que está afuera o bien, ya-no-adentro con la existencia al interior de la esfera social. Hablar de la muerte, señalarla, reconocerla indecible o mejor aún, delimitar su monstruosidad en un círculo de sonidos y grafías es la manera de asemejarlo. Así es como la sociedad utiliza una *tanatología* como mecanismo de cobijo: asimilando bajo símbolos aquello que está por fuera pero que, domesticado y ritualizado (clausurado), entra como un regulador de la dinámica social. “La muerte es el ampliador originario de esferas, bajo cuya acción estresante se forman las culturas o «sociedades» - cada una de ellas incluida en el círculo abierto de sus muertos cercano-lejanos (...)”<sup>79</sup>.

Generar este tipo de inmunidad por convivencia con un símbolo de algo inasimilable es lo que le permite a la esfera adaptarse a su circunstancia sin renunciarse ante ella. Como bien anunciamos previamente, se trata aquí de una dinámica semiótica en tanto se relacionen símbolos de muerte hacia adentro de símbolos sociales. Por ello *hiper-política*, por ello *meta-ciudades*. Lo que el autor no dice pero, a nuestro parecer, puede leerse claramente, es que ya nos encontramos en una dinámica que no debiera pretenderse realidad. Todo aquello que nos configura, nuestros mecanismos, nuestros resultados, clausuran la existencia a cierta experiencia desde una base construida *poiéticamente* a manera de placebo terapéutico simbólico. No hay entonces un contacto directo más que con el lenguaje que nos hace vivenciarlo. Vivimos por y a través del mismo, de nuestro modo de señalar y *experienciar*. Por ello, cuando venimos al mundo venimos al lenguaje: porque desde el momento en que nos volvemos existentes debemos producir el mundo y esa producción ya acontece bajo el símbolo de la clausura, por transferencia y para el acondicionamiento.

Todo esto representa un tránsito con lo exterior y lo interior, que como bien dijimos ya no es simbólico: redoblamos la apuesta de Sloterdijk y la complejizamos. Los efectos de clausura a grandes escalas trabajan con el afuera de un modo semiótico. Aun así, la distancia ganada no garantiza una salida ilesa. Veremos que toda esta construcción *meta-real*, en verdad, está indefectiblemente anclada en lo cotidiano inmediato. Comprendimos que el mundo de la espuma carece de forma fija, motivo por el cual sociedad carece de identidad “por naturaleza”. El problema radica en que el género humano necesita estos símbolos de *confort* y como la política exige la construcción de *meta-relatos* de unificación, su falta conlleva a accionares

---

<sup>79</sup> *Esferas II...*, p. 163.

monstruosos como formas auxiliares descentralizadas: “(...) estar embarcados en el mismo barco, con innumerables miembros del pueblo. Ese barco es la comunidad imaginaria que vierte sangre auténtica<sup>80</sup>”.

## 2. Semiótica y efectos de claustrofobia:

“*Quien quiere seguir siendo un ser humano está obligado al confort (...)*”<sup>81</sup>

Como bien se ha descrito en las instancias previas de este trabajo, el accionar existencialmente humano comienza en el preciso momento en que, tras el abandono de las limitaciones propias de lo instintivo, el hombre abre el *Umwelt*. Analizamos también su consecuencia directa: la necesidad de lograr ciertas clausuras y generar una circunstancia de mundo cerrado y artificial. Esta es la condición para la supervivencia según nuestro paradigma, en el que ya no guía la naturaleza inmediata sino las construcciones climatológicas de acondicionamiento para la contención y *mimo* del *confort*. En esta segunda sección del desarrollo veremos que, a partir de ciertas instancias semióticas de la sociedad-espuma, se consigue dicho *confort* por contención dominante, generando así sensación de claustrofobia. En otras palabras, trataremos de tensionar los mecanismos restantes del *cómo del dónde* para analizar cómo estas construcciones pierden el eje del cobijo y se convierten en presiones agobiantes. Pero, como bien puede imaginar el lector, este pasaje entre la búsqueda de contención y una dinámica de coerción es sutil y se comprende recién cuando se ha llegado demasiado lejos.

El motivo de la separación temática (que corresponde al análisis de este texto y no a la teoría del autor alemán) radica en que en las dimensiones espaciales a desarrollar, es decir, las restantes, puede comprenderse la interrelación semiótica de resultados menos agradables. Veremos también su implicancia en distintas eventualidades a modo fotográfico pero dinámico, para verificar esta falta de cobijo como pérdida de la burbuja ante macro-construcciones. Finalmente y a modo de cierre no-conclusivo, buscaremos un último elemento que interrelacione tanto la totalidad de los *topoi* descritos como también las dos maneras en que se puede experimentar el hecho de la clausura como técnica de hombres.

---

<sup>80</sup> *En el mismo barco...*, op. cit., p. 65.

<sup>81</sup> *Esferas III...*, op. cit., p. 375.

## **2.1 Topoi de claustro-**

En la primer parte del desarrollo analizamos algunas nociones sobre la agrupación humana y su relación con los mecanismos de *confort*. Y, en últimas instancias, alcanzamos a comprender su dinámica mediante la categorización de la transferencia y una aproximación a la herramienta del lenguaje. Sintetizamos esta compleja relación entre la producción del mundo y la del lenguaje mediante la orientación que nos ofrece la obra de Sloterdijk cuyo título inmediatamente responde al interrogante principal<sup>82</sup>. De lo que se trata aquí, es de continuar esta línea de análisis y completarla con una nueva dimensión de la *topopoiesis* patente en *Esferas III...*: nos referimos aquí al *alethotopo* como el espacio de verdad.

¿Cómo se relaciona el lenguaje en tanto donador de mundo y la verdad como dimensión del mismo? Para clarificarlo debemos recordar que, como bien se define en *Sin salvación...*, la circunstancia característicamente humana, que lo diferencia del animal, es la salida del espacio del *Umwelt* y la aparición, entonces, de un mundo. Para Sloterdijk, el hombre allí ya no responde a su instinto vital, sino que, al desplazar su vista más allá de los límites tangibles, se orienta en la abstracta búsqueda de la verdad. Por ello se vuelve profunda y oscura la pregunta por la existencia e, inevitablemente también, su análisis: porque la circunstancia humana es aquella desplazada y guiada por un horizonte incierto.

En correlato con tal teoría, Sloterdijk abre la explicación del *alethotopo* afirmando que el mundo de los hombres es, por tradición, un espacio aclarado. Comprendemos aquí a la idea de la claridad como definición, seguridad, entidad. En relación con ello afirma el autor: “(...) el alethotopo, como campo de cultivo de la verdad y punto de recogida del conocimiento, es el auténtico escenario de la apertura humana al mundo”<sup>83</sup>. Justamente, la clave de esta última afirmación se encuentra en que todo lo que aparece, viene a la presencia, o bien se genera en el mundo, es aquello de lo que puede afirmarse una existencia. Y es en este punto en el que comprendemos que *existe* aquello a lo que puedo señalarle una presencia: la afirmación como enunciación limita la entidad a la posibilidad de las palabras. Esto supone, principalmente, que todo el orden de existencias responde siempre a una lógica lingüística o, lo que es igual, que el mundo es generado y habitado de la mano del lenguaje. Este último, por un lado habilita el desarrollo de una experiencia cotidiana conjunta y, por otro, permite la apertura hacia horizontes lejanos; siempre comercializando con lo simbólico, siempre ligando semióticamente

---

<sup>82</sup> Gracias a *Venir al mundo, venir al lenguaje...*, hemos comprendido que la patencia de mundo es siempre y en última instancia una posibilidad circunscripta y asimilada gracias al lenguaje.

<sup>83</sup> *Ibíd.*, p. 328.

lo apropiado. En otras palabras, es la posibilidad de verdad, inseparable de la forma lógica del lenguaje, la que señala las existencias.

(...) se podría entender el advenimiento humano enteramente (...) como un experimento de iluminación. La historia de la humanidad es la era del claro; la era de la humanidad es la del rayo formador de mundo, que no vemos como tal porque, mientras estamos en el mundo, estamos en el rayo<sup>84</sup>.

Bajo estas líneas, comprendemos que claro y mundo son, entonces, una misma cosa: el espacio vuelto habitable. Con tal presupuesto, podemos inferir también una semejanza entre la noción de verdad y la del *confort*. Lo interesante de la caracterización del mundo como un espacio aclarado es que, a diferencia de un área libre de vegetación, para Sloterdijk se trata de una *mancha* clara en medio de un círculo de lo desconocido. Esto no sólo implica que sea un punto ínfimo de límite difuso en un sinfín extraño, sino que permite asimilarla como un modo superficial y simbólico de presencia. Su nimiedad viene dada, precisamente, por el lenguaje que la asienta como tal: al espacio aclarado le corresponde únicamente su enunciación, su delimitación, pues todo contenido del mismo, todo fondo posible al que se hace referencia, se mantiene oculto y sustraído. En otras palabras, el espacio aclarado no es exhaustivo y comprende una zona superficial, metafórica, simbólica de un trasfondo que se vuelve tan inaccesible que ni siquiera corresponde ya la pregunta de que *sea o no-sea*. Por tal motivo es que se afirma que el accionar del lenguaje es el que las *hace ser*, justamente, cosas. Porque solamente de su nombre es que puede decirse tanto la existencia como la verdad.

No solo es mancha, para Sloterdijk, la noción de verdad en tanto mediada por el lenguaje supone incluso un tránsito entre espacios aclarados y ocultos, un intento por esclarecer y definir las zonas aún oscuras. En esa función, marca con insistencia la diferencia entre lo propio y lo *otro*, lo posible y aquello sobre lo cual no puede haber pronunciación. Aquello que, o es impactado y denota existencia, o se mantiene inalcanzable y nada lo aleja de ser solamente un espejismo.

Como un lugar, donde «sucede», donde «aparece», donde «se manifiesta», donde «alguien lo expresa» (...) y en que, a la vez, mucho, quizá la mayor parte, queda latente e inexpressado, el alethotopo introduce a sus habitantes en su claroscuro y los coloca bajo la presión de tener que satisfacer lo verdadero<sup>85</sup>.

Es evidente que seguimos moviéndonos entre divisiones, espacios definidos, clausuras. Pero ahora aparece algo nuevo, una cuestión aún mayor: ¿Qué implica esta

---

<sup>84</sup> *Sin salvación...*, op. cit., p. 180.

<sup>85</sup> *Esferas III...*, op. cit., p. 329.

satisfacción como una imposición? Un juego doble de protección: mantener lo verdadero en vigor y, al mismo tiempo, alejado lo no develado. Esto se debe a que recorrer el mundo implica tratar con aquello alcanzable, señalable, simbólico, que se repone como realidad sustancial. ¿Y qué significa tener la presión de hacerlo? Que el hombre tiene la obligación de cuidar su experiencia cotidiana de aquello oculto, oscuro, no-manifiesto. Para defender su mundo confortablemente clausurado y mantener la habitabilidad del mismo, se convierte en un guerrero de la verdad, en un defensor de la claridad que siente la amenaza de lo oscuro como algo combatible desde la luz. Esto puede darse, bien como un ejecutor de transferencias forzadas, o bien como un misionero que busca incluir lo externo en un espacio amoroso. Sea como sea, y desde que la sociedad puede caracterizarse como una espuma, esto no acontece de modo privado sino en una hiper-conectividad de mundos menores que tienden a unirse porque suponen que así, defienden la habitabilidad segura bajo los parámetros de un *claro comunitario*. Por eso, ciertas sociedades se convencen de estar bajo amenaza cuando descubren en otra vecina, formas de vida (o bien: tonos de *claro*) que no se corresponden con una cartilla familiar. Así se planean campañas de conquista, de conversión, de genocidios. E incluso, de modo más sutil, se educa a todos los hombres bajo una única luz: para que, desde entonces, estos interpreten e interpelen al mundo bajo una misma gama. Veamos a continuación la dinámica de la agrupación con mayor detalle.

Desde las lecturas de los textos de Sloterdijk, una cosa es segura: los pueblos en tanto grupo humano organizado funcionan como alianzas esféricas autógenas<sup>86</sup>. Pero a esta cita no puede obviársele una provechosa inter-texualidad: “El concepto de la humanidad esconde una litigante paradoja, que puede formularse así: nos corresponde estar junto a aquellos a los que no pertenecemos (...)”<sup>87</sup>.

A partir de este par de definiciones, que distan de generar contradicción, concluimos que las agrupaciones entre humanos representan aglomerados masivos que se transmiten a sí mismos el impulso para su vida, mantenimiento y estímulo. Se devela aquí, entonces, otra dimensión del espacio: se trata del *nomotopo* como vinculación sensible y convenida a cierta moralidad recíproca. Dicha autogénesis radica, precisamente en que un ánimo de inspiraciones colectivas, producidas y transmitidas por el propio grupo funciona a modo de motor interno. Así se logra el convencimiento de la situación de grupo-motor, sumamente necesario en tanto la ligazón que suponen los pueblos no posee un lazo “co-natural” de amabilidad. En otras

---

<sup>86</sup> Ver en: *Esféras I...*, *op. cit.*, pp. 62 – 64.

<sup>87</sup> *En el mismo barco...* *op. cit.*, pp. 18.

palabras, en tanto no existe una identidad de grupo inmediata, la comuna tiene que generar un *sí mismo*. Tampoco tiene una forma concreta específica, sino que se trata de una suerte de constitución sellada en el imaginario colectivo<sup>88</sup>. No corresponde, en términos de propiedad, a nadie: más bien, en tanto supone ser de todos y para todos, es inalcanzable para cualquier mera individuación. Entonces, si la base de cada grupo es el compartir una moralidad convencional, sobre qué se establecen estos criterios se convierte, entonces, en el horizonte primigenio de cada alianza. En este trabajo, consideramos que es precisamente el espacio de verdad, la luz en el mundo, lo que comparten en primera y última instancia aquellos que se han conminado a ser un *sí-mismo*, que pone en teoría el *nomotopo* a modo de producción de una cultura, una historia y diversos elementos cotidianos.

Tener una concordancia sobre qué existe y qué no, sería, entonces, el punto de partida de todo compromiso social. Pero como bien vimos, en tanto la verdad se dibuja desde el lenguaje, al igual que la experiencia de mundo como tal, estamos aquí estableciendo fundamentos simbólicos y generando, entre ellos, relaciones semióticas para alimentar nuestra comuna. En ella, la individualidad y el espacio privado quedan atravesados y alistados a la gran forma multitudinaria, confinados a regirse por la misma verdad. Precisamente, en tanto convence a los hombres de ser eterna e incorruptible, la alianza logra la unificación de quienes no se pertenecen. En palabras del autor, el *nomotopo* funciona como “(...) autoridad, donadora de trasfondo, de la sintaxis social<sup>89</sup>”. Pero es importante reconocer que esto no siempre actúa de modo directo: la delimitación de esta suerte de moralidad universal ocurre a nivel de constituciones, en el hábito intrínseco de costumbres y rutinas, e incluso se retroalimenta volviendo hacia los juegos de lenguaje que determinan el mundo de cada conglomerado. Es por ello que comprendemos a esta dimensión particular como la fantasía secreta de la estabilización del grupo, que posibilita cierta organización conjunta pero en tanto producción semiótica sobre símbolos abstraídos, no deja de ser una fantasía, una ficción operativa...<sup>90</sup>

La verdad dictamina las existencias del mundo y sobre la misma como horizonte se extiende un espacio de moralidad que justifica el grupo a niveles visibles pero también, profundos. Ahora ya hay criterio compartido, deberes y responsabilidades: formas que pueden verse aplicadas directamente en una tercera dimensión del espacio semiótico alejado del *mimo*. Entremezclado con el desarrollo de las distintas formas de la producción de mundo, Sloterdijk define el *ergotopo* como el emplazamiento de las tareas comunitarias. Este supone una fuerza

---

<sup>88</sup> *Ibíd.*, p. 280. Igualmente, el desarrollo de esta idea puede continuarse en *Esferas III...*, *op. cit.*, pp. 357 - 374.

<sup>89</sup> *Ibíd.*, p. 359.

<sup>90</sup> *En el mismo barco...*, *op. cit.*, p. 19.

masculina, de tipo paternal que, relacionada directamente con un convencional pero mandatario “sentido común”, unifica los movimientos y las acciones de los integrantes del grupo social. En pocas palabras, representa la convivencia basada en la cooperación sincronizada y parte del hecho de que, en la sociedad-espuma, toda obra se caracteriza por ser una obra común, pública, que depende de todos y se mantiene por todos. Sloterdijk reconoce que esta dimensión de interdependencia es la responsable de que el grupo funcione como conjunto y no como aglomerado sin más. Del mismo modo que una maquinaria y sus piezas: alcanza una sensación de equipo y de pertenencia pero, por sobre todo, de éxito conjunto. Haciendo referencia a ese último aspecto, el autor las llama *comunidades de esfuerzo* y afirma:

Bien sea que estemos soldados unos a otros por la necesidad, o bien que un objetivo vinculante nos dé alas, mientras tengamos un puesto de esfuerzo seguro, colaboramos como trabajadores en la viña de la *communitas* (...) en las grandes culturas aparecen rutinas y ceremonias sencillas, pero variadas, con el fin de desarrollar movimientos uniformes en grupos y masas<sup>91</sup>.

Lo que aquí consideramos clave es el hecho de que, del mismo modo que detrás del límite está el clima inhabitable, por fuera de la sincronización del grupo se encuentra la posibilidad de perder el equilibrio interior que, a estas instancias, significaría sumirse en la más profunda de las oscuridades exteriores. El hombre reconoce la fragilidad de su especie y de su mundo y es ante tal situación que se conforman las sociedades. Frente a ello, se promueve la búsqueda de *confort* mediante grandísimos aparatos de contención coercitiva, cuya imagen, a nuestro parecer, tiende a proporcionar una mezcla de admiración por la sincronización y cierta incomodidad por la falta del espacio íntimo.

Aquí consideramos que la funcionalidad del *ergotopo* consiste en una combinación de rutinas (a modo coreográfico) y una administración del tiempo casi cromométrica. Pensemos, a continuación, algunos ejemplos ilustrativos. Por un lado, los grandes espectáculos inaugurales o los cierres de ceremonias que implican inmensas coreografías planeadas hasta el más mínimo detalle. En las mismas, el éxito se vuelve imposible si alguno de sus puntos difiere. También las tradiciones culturales de danzas y protocolos suponen una forma de celebración también afianzada en un *timing* excluyente. No tan alejado como quisiésemos, los entrenamientos militares buscan, principalmente, la efectividad a partir de un adiestramiento sincronizado y un ánimo común del grupo auto-hipnotizado convertido en su “objeto de preferencia propia”<sup>92</sup>. Los pasos contados, la velocidad medida; este vestuario, en este espacio, junto con otros colores

---

<sup>91</sup> *Esferas III...*, op. cit., p. 316.

<sup>92</sup> *Ibíd.*, p. 322.

en otros lugares. Incluso sin desplazarnos tanto de la cotidianeidad de cada uno, también es un ritmo coreografiado el convencimiento de las etapas de la vida y las edades para desempeñar distintas actividades... Este palpito, esta tracción, movimiento y pausa: el mundo avanza (avanzamos) y el mundo se detiene (nos detenemos).

En definitiva, la comuna se configura en esta suerte de placenta de deberes y ritmos y se convierte, así, en un gran sujeto que se define por fuera del terror que genera lo externo. Lo hace generando un *hiper*-cuerpo cooperativo y sincronizado para sobrevivir y se auto-justifica que, a mayor despersonalización del movimiento, menor margen de error y luego, sensación de mayor seguridad. Como contracara ahora evidente, sus participantes abandonan por completo la sensibilidad a resonancias menores: la incomodidad del cuerpo, los pasos no naturales para físicos distintos, el *timing* de respiración que, guiado por sonidos que unifican ritmos, define los momentos de acción y patencia... Todos los preparativos para suprimir instinto y hacer dócil y organizado el crecimiento de la espuma. En definitiva, es el hermetismo de *claustró* del gran-cuerpo lo que asegura que no haya invasiones al centro de *confort*.

## **2.2 Lo monstruoso y la -fobia.**

Tener que satisfacer lo verdadero, o bien, ser guardianes de un *espacio aclarado*<sup>93</sup>, nos conduce a una administración del mundo que, tras la lectura de *Reglas...*, sólo puede entenderse como disciplina de todo rasgo posible de subjetivación. Parte de ello lo vimos relacionado con el hecho de que la unión de los hombres implica una relación de consenso entre individuos que son complejos de unificar. Por ese mismo motivo, según Sloterdijk, la historia de las ideas políticas se convierte en historia de ideas fantasiosas. Esto se debe a que la imaginación produce ficciones operativas y genera así la *auto-poiesis* de la comuna que se percibe a sí misma cohesionada, unificada. Estas fantasías no son pocas ni se producen de modo esporádico: por el contrario, funcionan cotidianamente en lo que representa la auto-definición de una comuna humana. A continuación, retomaremos aquellas líneas pero en correlato con su funcionalidad de cohesión y operatividad.

Tanto en la segunda instancia ontológica de *Esferas II...* (los globos), como también la correspondiente al texto *En el mismo barco* (las galeras o fragatas), Sloterdijk analiza los conjuntos a gran escala como *hiper*-cuerpos contenedores. Según él, la gran madre que representan las formas de la academia, las escuelas, el Estado e incluso la misma cultura, se ha

---

<sup>93</sup> La expresión “espacio aclarado” hace referencia aquí a la forma de mundo en oposición al ambiente del *Umwelt*. Como se ha señalado previamente, al definirse a partir del lenguaje, comprendimos al mundo como lugar donde acontece la verdad como *confort*, y por ello, como un lugar claro. Ver este mismo trabajo, p. 37.

dedicado a la manipulación del hombre a modo de adiestramiento. Veremos cómo esta dinámica se mantiene inclusive tras la pérdida del concepto de una única identidad que sujeta, ya sea en la instancia de la sociedad-espuma o bien su semejante imagen de naves. Así comprendemos al gran cuerpo de la comuna contemporánea como una interconexión de resonancias y movimientos, donde un desplazamiento repercute en los demás espacios. Para ello es importante que el lector pueda reconocer que la pérdida de sustancia de este nexo comunal (al que previamente hemos señalado bajo la forma de una materia de tipo vital, amniótica) no supone, bajo ninguna circunstancia, la posibilidad de que de allí se concluya una comunidad des-sujetada. Los integrantes del mundo de la espuma reponen los mecanismos *antropogénicos* y *topopoiéticos* con la misma intensidad... también definen criterios de verdad, espacios de *nomos* y movilidades sincronizadas.

Entonces, ¿qué es lo que se modifica en la dinámica cotidiana de la espuma? ¿Qué ganó la implosión del globo? Aquí consideramos que se trata de una pérdida del contenido de la simbolización, una desconexión entre significado y significante, entre la metáfora y su contenido. En otras palabras, se trata de un quiebre en la representatividad de los conceptos en el sentido de: ¿se puede afirmar la existencia del mundo como tal? ¿Existe alguna sustancia o idea detrás de la abstracción de la humanidad? Es importante reconocer que estos planteos, críticos de su significado, no abandonan su utilidad ni mucho menos su presencia inmediata y cotidiana. Particularmente y enfocados en los temas ya trabajados, es necesario reconocer que los constructos de “hombre” y “mundo” no pierden ni actualidad ni funcionalidad cuando se desconectan de su fundamento. Por el contrario, se mantienen presentes pero altamente criticados, por su complejidad y contenido difuso. En la sociedad de la espuma en hiperconectividad funciona entre símbolos y en lógicas semióticas que, como tales, ya no atienden a un trasfondo sino a la posibilidad de relación con el resto resonante.

Esta temática se relaciona con una teoría del texto *Sin salvación...*, en la que Sloterdijk reconoce que la producción de “hombre” tiene, además de las características del cobijo, el *confort* y la verdad, un elemento extra. Elemento que, a diferencia de las esperanzas metafísicas, responde a un componente que no puede asociarse ni a una autoridad ideal ni a un contacto con la animalidad más instintiva y que se intensifica en este paradigma contemporáneo. Lo que aparece aquí, entonces, es la calidad de lo *monstruoso*. Esta imagen permite señalar no sólo lo complejo que se ha vuelto la identidad de “hombre”, sino también la respuesta sensible a esta indefinición. Poseer la forma de monstruo implica características negativas, ajenas al orden regular, a lo natural o cotidiano. Los monstruos suponen ser seres híbridos y esta mezcla comprende representaciones animales y humanas, mezclas aterradoras

y anormales. Esto se corresponde al hecho de que el hombre mismo se convierte en el productor de su medio de existencia y en amo de su circunstancia, adquiriendo dominios más vastos y capacidad de acción sobre campos hasta entonces no-develados. En la búsqueda por lograr el *comfort*, hoy se fabrican espacios, climas, animales e incluso la humanidad se produce a sí misma para optimizar su existencia. Como una suerte de Frankenstein y su monstruo: es científico y experimento, sujeto y objeto, creador y criatura. Nosotros consideramos que elegir la expresión de “monstruosidad” para definir la calidad de hombre en la actualidad, responde también a que lo que el paradigma genera es una mezcla de admiración y terror, sorpresa y fobia. El nombre que no es un nombre sino un signo de lo dispar y no-natural (o por qué no, de lo innombrable) responde a la carencia de sentido e identidad, pero por sobre todo, a la falta de herramientas y a la incomodidad fóbica para convivir con tales indefiniciones. Es, en pocas palabras, el modo de sobre-vivir, transferencia de por medio, con aquello sobre lo que no podemos pronunciarlos cómodamente.

Ante esta situación, es preciso realizar un breve detenimiento en una cuestión metodológica cuya incidencia supera este campo. En *El hombre [auto]operable...*, el autor analiza la necesidad de un corrimiento respecto a la tradicional metodología bivalente del principio de no contradicción. Esta posibilidad vendría de la mano de la inclusión de la tecnología en ámbitos de cibernética y biología, acompañados por un lenguaje que pueda también separarse de la sintaxis clásica de sujeto/objeto:

Queda claro que el sujeto personal tradicional no puede descubrir ya en estos procesos nada de aquello a lo que estaba ontológicamente acostumbrado; ni del lado del yo, tal como se lo solía presentar, ni del lado de la cosa, como se la conocía. (...) El hombre es un punto relativamente intenso de recolección-concentración de poder y verdad, pero no un omni-colector (...) <sup>94</sup>.

Así, se comprende que la imagen de “hombre” comienza a sufrir alteraciones que son coherentes con su contexto y circunstancia, pero que denotan un corrimiento respecto a su significado tradicional. No dejamos de ser hombres, pero representamos una idealidad distinta de lo mismo. Hoy incluimos cierto tipo de alteraciones a espacios que eran sagrados, hoy elegimos desenlaces que antes podíamos solo atribuir a fuerzas destinales externas. Pero no por ello nos encontramos exentos de que la verdad, la moral y el ritmo nos clausuren intimidades. Es por ello que deducimos que el hombre ya no se encuentra a medio camino entre la tierra y Dios. Tampoco es un animal con racionalidad, ni un sapiente que sabe sobre su conocimiento.

---

<sup>94</sup> *El hombre operable... op. cit.*, p. 15.

Actualmente, su característica principal, es la auto-producción de sí mismo e incluso de su espacio de vida, la fabricación de su circunstancia y experiencia.

Esta característica puede analizarse en concreto con lo que antes señalamos bajo el mecanismo de la exclusión corporal, en el que se selecciona la corporalidad y el dominio de la extensión. Esta noción, situada en el paradigma técnico-*poiético* actual, nos remite a un caso particular de desplazamiento respecto a la tradición que proveen los casos médicos de trasplantes y fabricación de órganos mecánicos<sup>95</sup>. Estos, ya sea interviniendo los naturales o bien generados desde cero (técnica mediante) reproducen con exactitud el funcionamiento del biológico normal en óptimo estado. Los casos de corazones mecánicos, por citar un ejemplo, no sólo funcionan en relación con la contracción de válvulas y ventrículos, sino también en lo referente a la movilización del torrente sanguíneo a través de todo el cuerpo. Casos como este, de funcionalidades vitales, o incluso otros menos controvertidos como son las prótesis de extremidades del cuerpo, son un ejemplo de la dificultad arriba expuesta. Las diversas formas humanas híbridas que no pueden ser asociadas a una categorización fija estricta se vuelven cada vez más cotidianas, volviéndonos críticos de un paradigma que definió el destino de la humanidad en distintas épocas. ¿Dónde comienza la máquina y dónde termina el hombre? ¿Cuál es la forma de aquel cuya constitución incluye la presencia de elementos ajenos, fabricados?

Los constructos producidos para lograr el *confort* en la existencia, se muestran ahora sin trasfondo que los justifiquen y, por ello, como formas aún más complejas de comprender. Por ello, vimos que esto no genera tranquilidad sino que se revela como un hecho que produce incomodidades. A continuación, analizaremos que tampoco trae aparejada mayor libertad: la verdad, la moral y el ritmo se siguen marcando, aun cuando el hombre se revela monstruoso. En *Reglas para el parque humano...*, Sloterdijk analiza la posibilidad de salida de una situación que ya no puede pensarse como un mero humanismo, pero que no por ello se dibuja exento de categorizaciones y adiestramiento *ergotópico*. Para el autor, las agrupaciones humanas que actualmente responden a la forma de un parque se caracterizan por el empleo de una domesticación. Esto implica el control sobre las tendencias humanas de inhibición y desinhibición, docilidad que responde a una temática particular y necesariamente a una administración de rutinas, comportamientos y producciones. La humanidad *selecciona* los

---

<sup>95</sup> Un ejemplo pertinente es un caso de diciembre de 2013, el hospital Georges Pompidou de París realizó el implante exitoso de un corazón mecánico diseñado por el cardiocirujano Alain Carpentier y la empresa Carmat. Puede leerse esta noticia en: <http://www.lanacion.com.ar/1649728-implantan-con-exito-el-primer-corazon-artificial-autonomo>.

medios para conseguir que estos seres indefinidos, monstruosos, se encuentren amansados. Según el autor, esto acontece limitando las instancias de desinhibición, pero a nuestro parecer, estas últimas se han podido incluir dentro de las formas de dicha domesticación como paseos, recreos, *lapsus* de una supuesta distensión. Dentro del *parque humano* no solo se educa sino que se crían hombres, pero actualmente ya no ligados a la espera de las divinidades del destino sino creadores y criaturas, gerentes de sus actos y consecuencias y, como reponemos aquí, de su ritmo y sincronización, de su carga y descarga.

Otra problemática relacionada con efectos no confortables surge, entonces, cuando la habilitación y administración de un sí mismo y del mundo implica la in-habilitación del espacio del *otro*. En una conferencia, Sloterdijk relaciona dos caracteres que considera los grandes temas de los últimos años: el terrorismo y la genética. Demuestra lo estrecho de tal conexión al generalizar ambos constructos como la preocupación por la inmunidad y la descendencia respectivamente. Esto se refleja en el hecho de que el hombre se ha preguntado, desde siempre, por la posibilidad y mejora de su seguridad como especie y, en correlato, por la posibilidad de sobrevivir *al otro*. No solo desde la alteración de genes para optimizar su experiencia sino también mediante la destrucción del medio de subsistencia del otro, es que el hombre produce su circunstancia favorable hoy. Esta es la instancia en que Sloterdijk afirma que, más allá de monstruo, el hombre se vuelve técnico de una modalidad monstruosa. Esto señala, no sólo su accionar indefinido sino que recupera de este concepto ficcional la imagen descalificativa e inclemente. Así, en el texto de *Sin salvación...*, el autor se refiere a dos eventos históricos que han significado un antes y un después a la hora de definir a la humanidad: por un lado, cuando se produce el primer animal fabricado técnica mediante (la oveja Dolly en 1997) y, por otro, cuando pueden verse las luces de las bombas de Hiroshima y Nagasaki a fines de la segunda guerra Mundial<sup>96</sup>. Esto último, particularmente para nuestro desarrollo, representa una explosión en la que un *claro* se abre forzosamente. Ya sea recortando estos dos eventos, o analizándolos desde una dinámica más amplia como son la biología genética y la producción de *atmoterrorismo*<sup>97</sup>, para el autor el hombre se vuelve un técnico de lo monstruoso. No sólo por los elementos de su producción, sino por los resultados, difícilmente asociables a la concepción de hombre que se definió, histórica y tradicionalmente, por su correlato divino.

---

<sup>96</sup> *Ibíd.*, pp. 108 – 109.

<sup>97</sup> El *atmoterrorismo* representa un tipo de terrorismo orientado a la in-habilitación del mundo del otro. Se altera el medio pero particularmente, el aire en él: de este modo, un elemento que resulta vital para el hombre es portador, ahora, de aquello que acabará con su vida. Sloterdijk utiliza como ejemplo el ataque con gas clórico efectuado por soldados alemanes contra soldados franceses en la frontera de Yprés en 1915. Esto puede leerse en: Sloterdijk, P., *Temblores en el aire. En las fuentes del terror*, traducción de Germán Canó, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 40 y ss.

Una forma de comprender que los efectos del accionar humano lo asocian a la monstruosidad es presentada por Sloterdijk a partir de las características que adquiere la noción bélica en la actualidad, donde se reemplaza el combate *cuerpo a cuerpo* por una desestabilización del medio de vida del oponente. En referencia a las bombas nucleares arrojadas sobre las ciudades japonesas durante la Segunda Guerra Mundial, el autor hace mención al uso del elemento radioactivo en los ataques bélicos como una catástrofe de lo fenoménico: existe algo en el aire, imperceptible, que supone incluso la pérdida de la vitalidad. Todo esto redimensiona el concepto del *claro* como lo presentó Heidegger, pero incluso lo hace con las nociones de verdad como *develadora* de existencia y como espacio de donación del Ser. Justamente, por el hecho de generar consecuencias tiempo después del ataque, por ondas expansivas invisibles e irreconocibles para el ojo humano, la calidad del fenómeno como lo manifiesto pierde presencia en estos desarrollos.

(...) la existencia humana está emplazada en una compleja atmósfera compuesta de ondas e irradiaciones, de cuya realidad, en todo caso, podemos dar cuenta mediante ciertos efectos indirectos que, sin embargo, no pueden ser visibles de inmediato.<sup>98</sup>

El aire se vuelve, tras la guerra radioactiva, un medio invivible. Y recordemos que páginas atrás lo habíamos señalado como el componente principal vital a ser re-producido. Esta inhabilitación, que impide la producción de mundo, es incluso imposible de percibir hasta la propia experiencia de consecuencias en la salud: las ondas de la radiación atraviesan años y generaciones de modo silencioso, invisible. Lo que se da, acontece más allá de su manifestación, más allá de ser un espacio develado. Para cuando se percibe, para cuando se dimensiona el monstruo, ya es tarde. La fobia que genera el claustro es la segunda cara de la comodidad y la seguridad del mundo: el hecho de que, para su mantenimiento, todo deba reducirse a formas incorporables y comunes, conocidas, y, sobre todo, claras y distintas. Por ello también es que, a pesar de que el mundo se conforma por y desde el lenguaje, no siempre es cada hombre quien elige las palabras. En verdad es cuestión únicamente de detener la vista y prestar atención para notar que, por lo general, el mundo *nos es hablado* y, muy pocas veces elegimos qué existencias recortar para nuestra circunstancia.

En este paradigma es comprensible cómo el ser humano ya no se identifica con su auto-interpretación personal. A partir de las dificultades de definición arriba expresadas, es válido considerar que el hombre se encuentre más cerca de lo monstruoso que de Dios, sin la

---

<sup>98</sup> *Ibíd.*, p. 90.

tercera opción de la animalidad, posiblemente pérdida en la primera abstracción que buscó horizontes inciertos. Porque ha perdido la sustancia de su yo: se encuentra *animado* pero porque se imprime su movimiento y decide sobre su destino. Prolonga su vida, altera su sensibilidad y su *psiquis*. También administra el destino de grandes masas humanas, bien generando genocidios, bien planeando comunidades genéticamente producidas. Pero esto no lo lleva a sentirse un Dios sobre la tierra sino un monstruo de indefinición contante. Desde lo nuclear y la biología, se convierte en un técnico de comodidades agobiantes, iluminando mundos, apropiando todo a su mundo, fabricándose a sí mismo y a otros animales y alterando a otros hombres. También elige la posibilidad de que los demás no puedan hacerlo sustrayendo el *confort* de su medio de vida. Y ambas posibilidades llegan a superar su imaginación: sus resultados se extienden en el tiempo y en el espacio más allá del campo de visión y comprobación. Intensifica la crítica sobre sí, se evalúa, se desprecia. Ha sido un monstruo consigo mismo al perder su humanidad y lo ha sido con sus co-habitantes, aquellos a los que ha insertado a la fuerza bajo su luz y a los que les ha impedido la posibilidad de mundo. Esta rápida caracterización anímica nos demuestra que no solo la presencia explícita de claustros sociales genera la reacción de la claustrofobia. Esta se desprende de la sincronización a la que obliga el *ergotopo*, pero en tanto resultante de una moral y ésta, producto de un criterio de verdad, se filtra contantemente en innumerables constructos cotidianos desde el lenguaje como mera herramienta de la experiencia de mundo.

Finalmente, consideremos ahora una afirmación de Sloterdijk que sostiene que, a cada explicación o teoría de la existencia social que él realiza, le correspondería una “teoría de la autodepreciación”<sup>99</sup>. El autor sostiene, tras la extensa descripción de todas las dimensiones del espacio de la *topopoiesis* desarrollada en el tercer tomo de Esferas, que se trata de una teorización abstracta y, en líneas generales, positiva. Ante ello, propone una revisión de los logros no-deseados. Como justamente ha sido este el hilo conductor de nuestro trabajo (el paso del cobijo al claustro), a lo largo de esta última instancia hemos establecido las formas de la claustrofobia como depreciaciones de los resultados de la clausura. En un orden inverso al que propone el autor en esta última cita, podríamos inferir ahora en retorsión, alguna teoría más amorosa que nos señale, dicho filosóficamente, cómo volver a casa en caso que pensemos que estamos en la *errancia*<sup>100</sup>. En dicha búsqueda, acabamos por considerar que este giro tiene que

---

<sup>99</sup> *Esferas III...*, *op. cit.*, p. 381.

<sup>100</sup> Sloterdijk afirma que, analizando la actualidad como una época en la cual los hábitos humanistas se encuentran en crisis, la existencia del hombre podría entenderse como una experiencia que se desplaza de forma impropia, es decir, no-consigo misma. Para el autor, esto está íntimamente relacionado con lo que Heidegger denominó *Irrung* (errancia), asociado, a su vez, con la *Heimatlosigkeit* (falta de morada, de patria). De modo casi prepotente con

retrotraernos a aquella primera noción de que el hombre, por propio avatar, es quien elige superar las limitaciones del *Umwelt*.

*Por propio avatar...* Aquí estamos ante la ficción operativa nuevamente pero, en verdad, resulta que nunca nos fuimos de allí. Porque por ella no solo acontecen las construcciones terapéuticas para lograr el *confort*: la sensibilidad ante un claustro que genera fobia es también efecto de una última dimensión a la que señalaremos como el primigenio motor. Esta otra dimensión con la que se juega la existencia del hombre, que no es ni anterior ni posterior a las demás, sino que, a nuestro parecer, las activa, repite, reitera y permite que la clausura sea el medio del *confort*, allende la claustrofobia que esta implica. Se trata del *erototopo*, que se define desde el hecho de que los hombres, como habitantes de una comunidad, organizan su experiencia total en torno al deseo como *eros*<sup>101</sup>. Este estimula y controla lo que acontece en el mundo cerrado. No sólo en relación con los otros co-resonantes humanos (espacio al que se dedica principalmente Sloterdijk) sino también referido a la pertenencia al mundo, donde todo clima se vuelve *excitante*.

Arribados a este punto, creemos que es finalmente el *eros* lo que nos articula, lo que nos exterioriza del *Umwelt* asegurado y nos llama a buscar lejanías. El mismo que también nos pide cerrar el ingreso, clausurar y darnos espacio de *mimo*. Pero es justamente también el que nos hace experimentar la claustrofobia como tal: porque nos pone en situación de querer, de desear, pero ante resultados no-queridos. El *eros* nos mueve y violenta: nos sacude y calma, cobija, sobreprotege, ahoga... Porque se trata, precisamente, de la capacidad de ser conmovidos, de sensibilizarse en tanto alegría o temor, tras los sucesos que acontecen.

El hombre no es ni un ser racional, ni como ha sido en otras épocas, un paciente enamorado de su trascendencia: es un administrador tensionado por su deseo, que se debate entre un mundo hostil que llama y un cobijo que se requiere. Y, precisamente por encontrarse ante tal abismo y en tanto movilizado por pasiones excitantes, acaba por caracterizarse como un monstruo. Porque allí debe crear sus condiciones de vida venciendo las estructuras de

---

su antecesor pero, a nuestro parecer, más aun con los críticos contemporáneos del mismo, este desarrollo continúa con el planteo de la necesidad de estudiar los fenómenos y las dinámicas de la época actual, lo más liberados de la "histeria anti-tecnológica" como sea posible. Esto puede verse en: *Sin Salvación...*, *op. cit.*, pp. 139 y ss. Nosotros consideramos que la noción de *errancia* como diagnóstico nihilista (ya sea en tono catastrófico o desde una invitación crítico-constructiva) parte de una caracterización propia de un paradigma particular y representa la dificultad de señalar y apropiarse de una circunstancia con terminologías propias. Por tal motivo, en este trabajo consideramos que una posible reapropiación del término que evita caer en categorizaciones restrictivas y poco fructíferas para la descripción de la situación actual, es forma de "extrañamiento" que Sloterdijk asocia como forma de auto-errancia producida por el hombre extático contemporáneo. Esto último puede leerse en: Sloterdijk, P., *Extrañamiento del Mundo*, Valencia, Ed. Pre-Textos, 2001.

<sup>101</sup> *Esferas III...*, *op. cit.*, p. 311.

naturaleza tradicional, acción que no siempre se resuelve por métodos amables. Parte del *eros* es también el desprecio y la administración del mundo aclarado, hacia sus integrantes y hacia afuera, genera eventualidades más o menos agradables: más o menos tolerables. Ante ello, o bien *confort* y serenidad, o bien claustrofobia. A veces se resuelve de modo amable, por mimos, pero otras por violencias sutiles o incluso atroces ... A veces, el trayecto se realiza por uno de los caminos, a veces por otro... a veces, incluso, por ambos y habrá ocasiones en que se tracen nuevas trayectorias que arriben a nuevos destinos. Pero siempre, innegablemente, el movimiento surge de modo *cordial*, por bombeo de excitaciones e impulso *erototópico*.

## Conclusiones

### La pregunta oscura del espacio aclarado

Tras nuestro desarrollo y reestructuración de las teorías de Sloterdijk, debiera quedar libre de dudas que ya no se trata de ontologías sino de recorridos. Por ese motivo, aquí nos animamos a afirmar que tampoco es la esfera, ni el *confort* ni la claustrofobia sino el camino, la experiencia entre símbolos, su recorte y apropiación, su interconexión y sus resonancias y, sobre todo, el hecho de que todos estos elementos sean producidos a raíz de un palpito como impulso de toda proyección y movimiento. Desde Sloterdijk, entendemos la depreciación de la experiencia existencial pero atendemos al autor cuando nos obliga a no pensarnos como carentes nostálgicos. Él nos habla de los simbolismos y las distancias metafóricas, pero no duda en recordarnos y ejemplificar constantemente que estos constructos se activan sobre los cuerpos directos y encarnados de los integrantes de las sociedades. Para Sloterdijk nos encontramos *sin salvación*: no como una pena, sino como la liberadora ausencia de un agente exterior responsable de nuestro destino. Tras las huellas de la tradición estamos perdidos, somos errantes, pero el autor nos exige corrernos de esta moral, porque nos presenta inicialmente otra forma confusa y oscura de verdad. Se trata de la *mancha*<sup>102</sup>, término que ya dice lo suficiente respecto al espacio de mayor rigor y devoción de toda la tradición del pensamiento. Desde los aportes del crítico y ante la pregunta de si estamos en la *errancia* nos animamos a re-preguntar: “¿*errantes* de qué?”. Y frente a toda posible respuesta, analizar si esta ontología de falta se escribe desde una experiencia propia o bien, una heredada desactualizada que pierde la potencialidad de pensar desde otras definiciones y otras dinámicas experienciales.

Hasta aquí hemos reapropiado la teoría de Sloterdijk demostrando la posibilidad de que desde sus aportes pueda deducirse una hipótesis nueva: nuestra hipótesis doble sobre la clausura, el *confort* y la claustrofobia. Para la escritura de nuestro trabajo consideramos una suerte de mapa cartográfico de superficies, puntos y rutas de acceso interconectadas, de partes visibles y transitadas y otras ocultas, apenas recorridas o aún no descubiertas. Sin la intención de que todo el espacio quede aclarado, este trabajo nunca buscó arribar a finales ni concluir herméticamente soluciones o diagnósticos fijos. Aquí no hubo destinos prefijados, porque al igual que como ocurre con un mapa, las posibilidades cambian según el punto de vista y a partir del punto de partida o prejuicio. Es que, justamente, haber desertado de un cierre o de una

---

<sup>102</sup> Cft. este trabajo, p. 37.

conclusión tradicional implica, a nuestro parecer, recuperar las tesis del autor y apropiarlas, buscando no una solución sino señalando la posibilidad de un cambio en la mirada hacia las estructuras y situaciones comunes. Ahora bien, en un tono más intrínseco a la temática, reconocemos que más que un análisis epistemológico, este trabajo requiere una indagación crítica profunda. A ello nos dedicaremos a continuación, rescatando en menor medida los pasos ya dados y, principalmente, intentando potenciar nuevos caminos. En otras palabras, en esta instancia nos corremos de la voz del autor y señalamos nuestra apropiación, nuestro recorrido. Por ello es que queremos, en las páginas que restan, volver sobre lo analizado pero de un modo reflexivo, esto es, cuestionando la supuesta luminosidad del principio y preguntándonos por la profundidad de las últimas instancias.

Nos detendremos en primera instancia, a fines revisionistas y desde un lugar metodológico, en algunas aclaraciones de los aportes personales que, como bien anunciamos arriba, hemos apostado por sobre la teoría de Sloterdijk. Primero, es preciso reconocer que en este desarrollo trabajamos la noción del espacio no de un modo ontológico sino como una construcción constante: ni entidad ni trasfondo, ni preeminente ni estable. Este hecho ha sido señalado como el carácter técnico de la situación humana por excelencia, siendo la limitación por técnicas de clausura la actividad principal. Hasta aquí, continuamos la voz del autor. Esta aproximación a la temática siempre ha acontecido de modo dinámico, atendiendo a los métodos utilizados y a los movimientos que desde ellos se derivan (sus resonancias), y por ello hemos optado por convertir este trabajo en un estudio sobre efectos y no causalidades. En otras palabras, las definiciones de hombre, mundo o sociedad no representan en esta teorización formas independientes ni esencias: son, por el contrario *efectos de clausura*. Con ello, logramos quitar peso a las presencias y comprenderlas como recortes, que responden de modo principal a la necesidad básica de supervivencia y *confort*. No utilizamos esta noción de *efecto* desde su carácter consecuente sino que proponemos comprenderla como una demostración o fotografía de un aparato dinámico mayor. Es por ello que podemos afirmar que nuestro trabajo no se trata de una ontología de la clausura porque repone, más bien, una dinámica de efectos que nunca podrán concebirse como entidades.

En segunda instancia merece ser explicado el hecho de que hayamos optado por la forma de la *clausura* para señalar el accionar primordial del hombre, incluso previo a la definición del mismo. Que no distraigan las expresiones tales como *confort*, *mimo*, protección, seguridad... para nosotros, desde un principio, la actividad se trató de efectos de clausura: de claustros, con toda la oscuridad y asfixia que aporta esta expresión particular. Es necesario reconocer que el mismo Sloterdijk señala la forma de la clausura en algunas instancias, pero

no demora en la justificación de la misma. En verdad, desde su lectura pareciera que esta palabra podría ser reemplazada por *cierre*, *límite* o incluso *suspensión*<sup>103</sup>. Para nuestro desarrollo no concebimos lo mismo: en tanto cambia nuestra hipótesis y, desde un principio, planteamos la experiencia de efectos no-deseados, varía la aproximación a los términos y por ello también, las conclusiones ante los mismos. El motivo radica en que el término de “cierre” sería en nuestro trabajo un análisis demasiado sencillo y poco intenso, risueño y no comprometido con la dinámica en la que sí explotan resonancias y esferas. A nuestro parecer, que la producción humana genere clausuras permite que el desarrollo tenga la intensidad que su tema le exige, que movilice al lector al menos desde la incomodidad. Para ello utilizamos, en primera medida, las imágenes más claras de una clausura: la instancia intra-uterina y la definición de humanidad en tanto poseedora de un mundo y no así de un ambiente donde rija el instinto. A partir de allí, y basándonos en la simbolización como característica principal de la *antropopoiesis* y *topopóiesis*, proponemos la necesidad de algo más intenso que un mero cierre.

En correlato con esto, el claustro como espacio donde el hombre existe y, en ese sentido, despliega su experiencia, nos brinda una imagen de una residencia cerrada pero con un patio y pasillos internos. Esto es, la posibilidad de una experiencia interna, amena y recreativa pero limitada, que no precise salidas al exterior. Todas las funcionalidades humanas pueden desempeñarse dentro del claustro: tanto las exigencias y los labores como también la posibilidad del ocio y esparcimiento. Incluso, en tanto posee un patio interno nosotros suponemos que se encuentra una suerte de muestra o recorte del mundo por fuera. Una suerte de representación a la que juzgamos mejorada: con los componentes elegidos y en la medida elegida, dispuestos según el ojo prefiera y en pos a la funcionalidad convenida. De manera que, incluso el término oscuro de claustro, empieza a representar algo no necesariamente lúgubre...

A partir de la elección y selección de la forma del claustro, nos encontramos ante otra problemática no menor: la mencionada pero no detallada línea entre la domesticación del grupo humano y la posibilidad de clausurar por uno mismo los espacios de *confort*. ¿A qué nos referimos? A un hecho familiar y cotidiano de la experiencia humana: a la distancia entre teoría y práctica, abstracción y particularidad concreta, optimismo y depreciación... El hombre se recorta a sí mismo como un sí mismo y a su mundo como espacio de contención, pero ¿son sus

---

<sup>103</sup> Como de todos modos descreemos de las hermenéuticas de último sentido, tampoco resolvería ningún interrogante la remisión al término original que utilice el autor. Aquí nos encontramos nosotros, con un oscuro panorama entre manos y nuestra última movilización apunta a reflexionar a partir de ello y no hacia atrás.

mecanismos propios, personales, privados los que conducen su experiencia o se trata, más bien, de una apropiación plural, grupal, masiva? Sloterdijk no es claro respecto a la línea divisoria entre ambas formas y creemos que esto no es ingenuo. Incluso, tomamos distancia de algunos textos críticos que trabajan y analizan la posibilidad de “remedios” ante esta situación. Nuestra soledad, en lo que a este tema respecta, se retrotrae a aquella falta de conclusión o solución que anunciamos arriba: porque pensamos que este paradigma merece un tratamiento más complejo que el de pensarnos errantes o equivocados<sup>104</sup>. Aquí hablamos de clausuras y *confort*, pero a esta altura no hay duda que a la capacidad y característica humana de auto-creación tecnógena le corresponde asumir su ser-clausurado: detrás de cada partícula de la espuma, también están las *Reglas*... Nos referimos aquí al hecho de ser-obligado por formas externas a cierto tipo específico de *confort*. Pero debemos puntualizar que estas formas son externas y no ajenas; se es clausurado pero, mejor dicho, conducido a una auto-clausura mediante un ritmo sincrónico compartido por toda una masa social. Aquí sí vemos patencia, pero esta acontece de modo tal que orienta cierta apropiación generalizada para cada uno de los integrantes del grupo.

Pero es elemental que, ante este diagnóstico, no podríamos reclamarnos solamente víctimas de este espacio *ergotópico*. Como bien nos afirma el autor, este último representa una regla que parte de las creaciones simbólicas que buscan lograr el espacio acondicionado óptimo. En otras palabras, comprendemos que, del mismo modo que al hablar se puede *ser-hablado*, en el paradigma de la espuma se-es auto-producido, en esa tensión entre elegir y estar conminado a un accionar sin opción, por los propios símbolos apropiados y puestos en práctica. Ahora bien, ante este diagnóstico, en este trabajo ni nos situamos del lado de la nostalgia y la resignación ni tampoco en el espacio de enfrente, que considera soluciones estéticas<sup>105</sup> ante problemáticas que sin lugar a dudas generan claustrofobias violentas.

Para nosotros se trata, por un lado, de comprender a las sutilezas como resonantes de grandes proporciones. Por otro y a la vez, es preciso reconocer los mecanismos en general como productos propios, elegidos, recortados y apropiados. Considerando estos dos puntos, no debiera generarse un problema ante la dificultad de definir una línea que divida individualidad y grupo y, del mismo modo, no habría un gran abismo entre la *auto-producción* y una *auto-*

---

<sup>104</sup> Cfr. *El animal diseñado...*, *op. cit.* Cortés Ramírez considera la fuerte orientación nietzscheana de Sloterdijk en tanto se centra y organiza su desarrollo e hipótesis en torno al concepto del *auto-diseño*. Supone hombres creadores a modo poético que afrontan el *ser-creado-por-otros* desde una existencia estética. Para este trabajo no planteamos opciones de fuga ni posibilidades de devenir-otredad, sino una instancia crítica sobre los recorridos y las elecciones que nos constituyen actualmente del modo en que experimentamos. Sí compartimos algunas de las líneas finales del crítico en las que analiza la ganancia de poder desafiar lo establecido a partir del reconocimiento de tal auto-diseño.

<sup>105</sup> Cfr. *Ibíd.*

*obligada-producción*. Porque según nuestra lectura, los parámetros son elegidos: la línea fue dibujada y no se necesitan grandes movimientos iniciales para que resulten intensas repercusiones. Así, debiera resultar evidente que no nos encontramos asumiendo una actitud de espectador, pues en este paradigma de fragilidad y producción simbólica estamos conminados a un recorrido que, sobre todo, asume responsabilidades. Con ello, el destino se vuelve una experiencia no-absoluta sino una proyección, una sucesión de circunstancias recortadas, reconstruidas. El hombre, entonces, elige su recorte y con ello también elige recortarse dentro de una sociedad o cultura desde la cual su recorte es elegido para él: sin contradicción, sin relación de causa/efecto. Elidiendo matices, elige el ser-elegido y con ello, se conforta en tanto enclaustra y por ello, también, se ahoga. En otras palabras, de este espacio pueden derivarse tanto una sensación de *confort* como también una fobia, dependiendo en cada caso, no sólo de la intensidad del cierre sino, y en mayor medida, de la sensibilidad de quien haga experiencia.

A lo largo del desarrollo y organizado en dos instancias consecuentes, habíamos señalado un escalonamiento entre la aplicación de ciertas simbologías. Por un lado (y suponiendo transitoriamente la diferencia) acontecen clausuras que aseguran una protección desde construcciones menores: estas son las esferas inmediatas, espacios protegidos de contención que permiten cierta desconfiguración hacia su interior. Por otro lado, en relación a la implicancia de las esferas entre sí, desarrollamos simbologías mayores ocupadas de asegurar una apropiación al servicio de cierta domesticación. Esto era resultado de la necesidad de lograr el acondicionamiento técnico en zonas más complejas y abarcativas mediante *mega-* o *hiper-*mecanismos. Ahora bien, señalamos el espacio intra-uterino del estado de embarazo y la respuesta ante tal constructo es indudablemente amorosa. Pero luego, hablamos del parque y los forzamientos, de la muerte y su correlato durante la vitalidad y la sensación ante esta última lectura fue de rechazo. De más estaría volver aquí sobre la noción de la monstruosidad y los ritmos *ergotópicos*... A pesar de que en ambas instancias se ha tratado de efectos de clausura y de métodos para lograr el *confort* en la experiencia, pareciera ser que no todos los mecanismos tienen la misma recepción. ¿Qué significa este punto de atención? Dicho en pocas palabras, que tras todo recorte subyace y sobrevuela una cuestión de sensibilidad. Elegimos recortar este evento bajo la forma de un palpito, un impulso, que actúa de modo primordial según el recorte simbólico y la apropiación pero también secundariamente sobre lo ya construido, de modo crítico, reflexivo. Ahora bien, que sea justamente la sensibilidad el punto clave entre el *confort* y la claustrofobia en el mundo clausurado no implica que sea un tema ni

menor ni sencillo. Por el contrario, nos va preparando para comprender que ya no se trata de resultados o respuestas sintéticas.

La sensibilidad define que la respuesta ante la clausura como un efecto para lograr la habitabilidad se resuelva bien en *confort*, o bien en claustrofobia. Ahora bien, debemos reconocer que este trabajo, en tanto recorrido de depreciaciones, incumbe más formas de coerción que de *mimo*. ¿Por qué afirmamos, entonces, que habita en *confort*? Porque no debemos olvidar algo que el mismo Sloterdijk aclara: la experiencia humana se desarrolla, tras la clausura primigenia, en una situación de *confort*. Nosotros agregamos que se busca la contención, la amabilidad, el cobijo... incluso cuando éste nos lleva a resultados desagradables. La definición de hombre ahoga pero también permite abrir la experiencia y conducirse en la existencia. Volviendo sobre la relación de individuo/grupo, el ritmo *ergotópico* también nos alista en una forma contenedora, que protege, que da sensación de calor, al mismo tiempo que tiende a ahogarnos cuando esta misma sensibilidad que nos llevó a construirla, analiza sus resonancias no-inmediatas.

Ya no para clarificar este punto, sino para adecuar la vista a esta nueva penumbra, recordemos que habíamos ubicado la construcción *nomotópica* como una resultante de la delimitación y apropiación de un criterio de verdad. Desde allí quedó mediada no sólo por el lenguaje sino también por la distancia misma propia de una simbología. Incluso, siguiendo nuestras conclusiones, podemos afirmar que las formas de experiencia han quedado presas de un criterio semiótico que tiene más componentes lógicos que experienciales. Gracias a ello es que accedemos a la moralidad de modo específico, señalable y, desde ella, tenemos posibilidades de expresión directa. Sobre ella podemos discurrir y generar largos trabajos, adecuados lógicamente y asequibles a la comprensión *sapiens-sapiens*. Quizás esta gran distancia proveedora de seguridad y rigor epistémico radica en que todas las reconstrucciones se realizan bajo formas lógicas, que no son lógicas de realidad (si acaso este constructo es posible) sino lógicas entre símbolos, lógicas discursivas, sintácticas, semióticas. Ahora bien, ¿podemos conformarnos con esta dimensión? ¿Es fructífero, a fines críticos, abandonarnos a una normativa a la que ya comprendimos construida desde símbolos y distancias? Aquí creemos que no, porque desde que planteamos la preminencia de la simbología, también señalamos el peligro de su resonancia más allá de ella misma. El *nomos* no nos alcanza ni para reflexionar sobre esa sangre vertida ni para comprender por qué algunas clausuras son más confortables que otras. ¿Se trata quizás de una cuestión de ética? Y en ese caso, ¿hay un lenguaje para la ética?

Entonces, estas reflexiones empiezan a tomar un rumbo distinto, nuevo. Porque si lo que determina que una experiencia se apropie desde el *confort* o desde la claustrofobia no es una entidad normalizada sino una vuelta reflexiva de la sensibilidad, de esta temática no puede determinarse ni verdad ni falsedad y mucho menos, propiedad o impropiedad. Volviendo sobre la dicotomía entre la sensación de algunas clausuras y otras, entendemos que es un mismo movimiento el que las genera y, con la falta del fundamento ontológico de fondo, indudablemente parten desde la circunstancia y la experiencia, siempre personal y, por ello, inaccesible exhaustivamente a las formas. ¿Nos relajamos en presencia del *mimo* o nos estresamos con las caras más lúgubres de la *híper*-protección? ¿Dónde ubicamos la divisoria? O lo que es igual: ¿dónde empieza la fobia? Ya no podemos pretender soluciones a estos interrogantes. Solo podemos señalar que, en tanto la clausura se va haciendo cada vez más intensa, se filtra en todos los niveles de experiencia, inicialmente mediante el lenguaje y la simbolización, pero también en las construcciones mayores como hombre, mundo, sociedad o cultura. Se aplica porque es confortable, porque permite la experiencia, logra el habitar, aunque acaba por experienciarse como claustro y generar, más que un *mimo* una forma de fobia: claustro-fobia. Ahora bien, dónde acontezca tal pérdida del *mimo*, en este paradigma, depende de la sensibilidad en tanto agente principal del movimiento y aparato reflexivo del mismo.

Pero todo esto no debiera sorprendernos pues ya hemos tratado superficialmente algo similar al finalizar el desarrollo de este trabajo. Nos referimos aquí al haber concluido que el motor que activa toda la dinámica de la búsqueda de *confort* o bien, la actividad existencial humana primordial, es una suerte de *eros*, de palpito, de iniciativa siempre amorosa y cordial por buscar el *mimo* y la contención. Construimos esto último gracias a la forma *erotópica* que determina Sloterdijk como uno de las dimensiones de la existencia del hombre, pero re-asimilada y condicionada por nuestra hipótesis de trabajo. Ahora, hemos podido acercarnos a esta misma idea desde otro lugar, otro recorrido, más que algo cotidiano, como una movilidad primordial y previa a toda categorización. Quizás incluso como un *ethos*: una costumbre o conducta pero, más bien, el impulso de la misma.

Para comprobar su presencia inicial y ver lo intrínsecamente relacionada que se encuentra la sensibilidad en la experiencia debemos volver hasta el análisis básico de este trabajo: la relación entre clausura y *confort*. Señalamos que, para lograr este último, hay que clausurar todo lo que viene dado en un entorno hostil a un mundo ameno. Y justamente, comprendimos que nos seduce aquello que imaginamos por fuera, o por debajo, o por arriba. Seduce en tanto nos llama a atraparlo, reducirlo, transferirlo y apropiarlo. Pero el movimiento es circular y vuelve siempre, y el mismo palpito que busca transferir y apropiar ahora

sobrevuela sobre los símbolos ya interiorizados y hace experiencia de ellos: a veces amable y a veces no. *Mimo* y *confort* o fobia y desagrado. De ese modo, se dibujan las dos caras *erototopicas* de la experiencia del espacio: el deseo de abarcar más y el amor por estar contenido. Esto es, en definitiva, el punto de partida de la existencia porque, en otras palabras, todo movimiento se encuentra impulsado por el latir del *eros* y a toda la experiencia la atraviesa (como su causa y su efecto) la sensibilidad. En verdad, aquí consideramos que se trata de un mismo palpito que nos impulsa a salir, a buscar, a encontrar, a apropiarse, a de-gustar y luego, a ya no querer más... Es el palpito lo que nos lleva a indagar el cómo lograr el mundo, a buscar el *confort* pero también sentir la fobia ante algunos resultados. Y esto lo hace desde el mero querer moverse en espacios de cordialidad, desde una búsqueda por la *habitabilidad* que produce todo lo que luego encuentra en la experiencia. En definitiva, estamos ahí porque nos colocamos ahí, elegimos proyectarnos desde ahí y a ese espacio volvemos.

Es por ese motivo que nosotros creemos que la clave para conducirse en el paradigma actual se encuentra en una suerte de *ethos* que justamente retome este palpito y lo apropie: que recupere ese *eros* inicial como tal. Esto nos permitiría comprender la circunstancia de nuestra existencia como un producto y a los productos como tales, cuyo agente somos, siempre y finalmente, nosotros mismos. Con ello lograríamos des-histerizarnos al respecto, es decir: dejar de deambular buscando cobijo en lugares que nos quiten del lugar de ser auto-cobijantes. Dejar de buscar soluciones, esperar salvaciones o comprender destinos. Tomando esta experiencia como lo que aquí resulta, podemos des-neurotizarnos nuestro recorrido, al menos en lo que respecta a nuestra relación con las propias producciones. Como un reemplazo, un velo que no cubre algo sino que enseña una *cara*, la cara que uno ha elegido mirar y con la que puede conducirse experiencialmente. Esto no es otra cosa que el movimiento elemental que permite la existencia en un sentido de restricción de instancias no-placenteras, porque eso es el habitar del hombre y es mediante este impulso que se inicia y valora.<sup>106</sup>

Para nosotros se trata de una ética que parta del *eros* como palpito primigenio, constante y reiterativo, contra la tradición de puntos de inicio categoriales, identitarios, esenciales... El hombre, configurado como tal y recortado bajo los parámetros que él mismo prefiere, elige por impulso cordial distintos recortes. Y los mismos, o bien resultan confortables, o bien se vuelven claustrofóbicos. Depende de él pero también de todos los demás, pues cada burbuja elige le

---

<sup>106</sup> Esto aquí presentado no es nada nuevo para estas páginas: es la misma dinámica que hemos señalado repetida en las tradiciones humanas y que toma un carácter espacial en la contemporaneidad con los desarrollos tecnológicos y los centros de gravedad atomizados de las esferas de la espuma.

recorte pero a su vez su recorte lo elige, desde la resonancia de su movimiento sutil, que vuelve en forma de repercusión y eso no siempre trae sensaciones de contención amable.

Que nos distraiga entonces el *mimo* y el patio cerrado del claustro a modo de ficción operativa. Dejémonos llevar por lo comfortable hasta que corra su velo y nos descubra desnudos, inventando paredes para hipotetizar calor. Pero dejemos también que la luz forzada de claros nucleares nos queme las pestañas, porque nos movemos entre símbolos, pero ¿quién es lo suficientemente imprudente como para afirmar que la sangre que se derrama es también un recorte, una apropiación en *pos* a nuestro *confort*? Aquí ya empieza a dibujarse una aproximación a una forma de *ethos*, sumamente borrosa y poco definida, pero por ello mismo, no-normativa.

El lector atento habrá reconocido que en el transcurso de este escrito se produce un oscurecimiento progresivo del medio temático. Si supo atenerse a la advertencia primera, se ha visto obligado a adecuar su comprensión a un espacio difuso, incómodo, denso y, por sobre todo, no-claro. Del mismo modo que este escrito nunca se trató de un destino sino de su recorrido y también por el hecho de estar proyectándose hacia lo que de él se siga y no así de donde el mismo surge, la reflexión ha sido, para nosotros, la más cotidiana. Con esto mismo en mente, incluso *el olvido del olvido* podría convertirse en un guiño ante una nueva forma de comprender la existencia más orientada a la experiencia. Del mismo modo, a quienes ven aspectos negativos por juzgar la superficialidad podemos preguntar ¿dónde acaba la profundidad? ¿Desde qué lado se juzga un pliegue? O incluso, tras su señalamiento ¿de qué lado quedamos? Por tal motivo, en este trabajo mantuvimos una mirada atenta proyectiva gracias a un modo de “desmontar” los criterios juzgados por esenciales. Aquí ya no hay nostalgia ni depresión tras habernos corrido de los principios lógicos tradicionales, del mismo modo que las prótesis ya no se sienten ajenas porque ni siquiera entendemos que haya algo propio y tradicional.

Por último, nada de esto es apocalíptico si no concebimos una eternidad estable, ni condenatorio si no esperamos una salvación destinal. Tampoco se trata de buscar una solución si no consideramos que debemos ser solucionados. Se trata de pensar desde otra dinámica, que afronte las consecuencias de sus elecciones, pero que lo haga con la seriedad con la que estas lo merecen; sin esquivar responsabilidades que implican, no sólo hacer caso omiso a la autoría, sino también esperar que terceros modifiquen una situación. Pensar siempre en resonancia: un individuo tiró una piedra y cerró levemente su espacio de acción. Pero esta misma onda se extendió hasta aquí y ahora. Cotidianamente cerramos y la onda quizás cierra todo un mundo. El paradigma del hombre que se crea a sí y a su circunstancia no respectivamente, nos permite

una posibilidad total, infinita. Pero también a los vecinos y no tan cercanos. Y a nosotros con ellos. Como la contracara de la posibilidad infinita está también la resonancia incontrolable e incalculable nos pone en situación de atención, de crítica pero, sobre todo, de responsabilidad.

## Bibliografía utilizada

CAMPBELL, T. C. (2011) *Improper Life: Technology and Biopolitics from Heidegger to Agamben*, Minnesota, University of Minnesota Press.

CORDUA, C. (2008) *Sloterdijk y Heidegger: La recepción filosófica*, Santiago de Chile, ed. Universidad Diego Portales.

CORTÉS RAMÍREZ H. A. (2013) *El animal diseñado: Peter Sloterdijk y la ontogeneología de lo humano*, Bogotá, Ed. USTA (Universidad Santo Tomás de Aquino).

HEIDEGGER, M. (1993) *El ser y el tiempo*, traducción de José Gaos, Mexico D.F., Ed. Fondo de Cultura Económica.

MARTÍNEZ, M. (2010) *Sloterdijk y lo político*, Buenos Aires, Ed. Prometeo Libros.

SLOTERDIJK, P. (2000) *El pensador en escena: el materialismo de Nietzsche*, traducción de Germán Cano, España, Ed. Pre-Textos.

----- (2001) *Extrañamiento del Mundo*, Valencia, Ed. Pre-Textos.

----- (2002) *Venir al mundo, venir al lenguaje*, traducción de Germán Cano, Madrid, Editora Nacional.

----- (2002) *En el mismo barco. Ensayos sobre la hiperpolítica*, traducción de Manuel Fontán del Junco, Madrid, Ed. Siruela.

----- (2003) *Crítica de la razón cínica*, traducción de M. A. Vega, Madrid, Ed. Siruela.

----- (2003) *Temblores en el aire. En las fuentes del Terror*, traducción de Germán Canó, Valencia, Ed. Pre-Textos.

----- (2003) *El hombre operable. Notas sobre el estado ético de la tecnología genética*, traducción de Fernando La Valle en Revista Laguna, 14 de marzo de 2003.

----- (2003) *Esferas I: Burbujas. Microesferología*, traducción de Isidoro Reguera, Madrid, Ed. Siruela.

----- (2006) *Esferas II: Globos. Macroesferología*, traducción de Isidoro Reguera, Madrid, Ed. Siruela.

----- (2006) *Esferas III: Espumas. Esferología plural*, traducción de Isidoro Reguera, Madrid, Ed. Siruela.

----- (2011) *Sin salvación: Tras las huellas de Heidegger*, traducción de Joaquín Chamorro Mielke, Madrid, Ed. Akal.